

CENIT

*sociología —
ciencia — literatura*



Angel Samblancat: El mal
serpentino y Cueca pe-
ruana.

Felipe Alaiz: Galicia.

Finster: Las últimas andan-
zas de Don Quijote.

D. A. de Santillán: La úni-
ca salida.

Puyol: La peregrina del
mar.

S. M. Neuschlosz: Las ra-
zas.

Aharrátegui: Y cristo en al-
pargatas.

El origen del mal.

F. Ocaña: De Schumann y
Vatzlav Nijinsky a nues-
tros días.

Han Ryner: La lámpara.

Voline: El individuo y la
masa.

M. C.: El universo de Alaiz.

Miguel Celma: La vida y los
libros.

Miguel R.: Historia de un
perrito español.

Denis: El historiador.

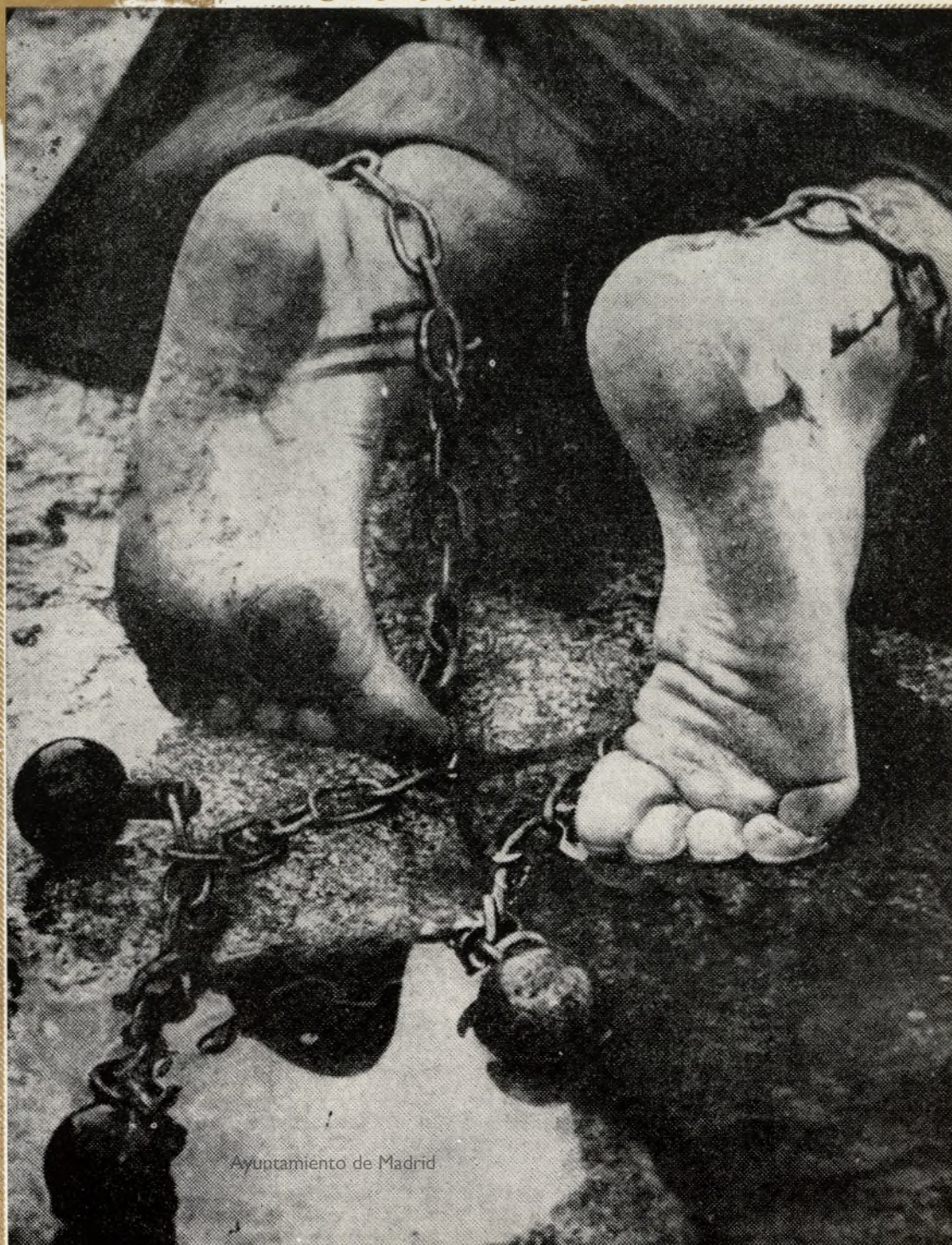
Iber Sisifo: Como toro de
lidia.

148

ABRIL - 1963

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 100 F.



Ayuntamiento de Madrid

NUESTRA PORTADA

Pies de penitente

El lector se habrá preguntado: ¿A quién pertenecen esos pies encadenados? ¿Se trata de una ejecución?

Son los pies de un penitente de la Semana Santa sevillana.

Pies que han andado tras los «Pasos» durante horas, sucios y ensangrentados. Pies que deben llevar un cuerpo manchado de muchos pecados y un alma abrumada de remordimientos... Porque el hombre cabal y honesto, el hombre que no peca ni comete crimen, el hombre que no inflinge ninguno de los mandamientos, no necesita hacer tan dura penitencia, prosternarse en el lodo, dar al vecindario el espectáculo de ese aparatoso rescate.

A veces se trata de ex votos. A veces son hombres o mujeres acongojados, que prometieron a la Macarena o al Cristo del Gran Poder seguir, con los pies desnudos y encadenados, las «santas» imágenes, si ellas salvaban un hijo o una madre...

Al hijo o a la madre lo salvaron la ciencia y los hombres. Pero la ignorancia y el fanatismo que inspiró la promesa, obliga a cumplirla. Y ahí están esos pies, que son el símbolo mismo de creencias ancestrales, de costumbres bárbaras, de ignorancias inconmensurables. La Iglesia, por su parte, que combate las supersticiones, entretiene cuidadosamente esa manifestación primitiva de fe en los milagros y de temor a castigos ultraterrenos.

Pies de penitente: anónimos y doloridos, sois la imagen misma de la incultura, del atraso, de la miseria, en que vive sumido y se juzgado un pueblo digno de mejor suerte.

Los turistas os contemplan y os fotografían, pero ninguno cala hondo en cuanto significáis, en la viviente tragedia de un pueblo irredento que habla en vosotros con la elocuencia muda de unos hechos repetidos año tras año desde hace muchos siglos. Pies de penitente: ¿cuándo os pondréis en marcha hacia el rescate y la redención definitiva?



REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

Colaboradores:

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández,
Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert
Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio,
Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman,
J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina,
Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán
Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet,
A. Prudhommeaux

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros: « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en el que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XIII

Toulouse, Abril 1963

Nº 148

EL MAL SERPENTINO

EN las mesticerías de América, en que arde, como un odio cartaginés, la llama del resentimiento contra el dominio colonial y virreinal, suelen decir los cuarterones y los 50 por 100 —mitad leche y mitad café— que los manchegoccontinentales no nos deben a los manchegopeninsulares más que el idioma, la religión y la sífilis.

Como el catolicismo es una tabes inoculada —inyectada por el ojo sin niña— e inculcada —*in oculum collocata*— por los frailes de Santo Domingo y otros cirios de Pascua ampulosos, a los desinflados indios a través del canelón de las rellenas indias, siempre di yo por el morral —el más plano y pleno *placet*, quiero decir— al indigenato que sostiene que los Conquistadores vinieron aquí a sifilizar y no a civilizar la pampa.

En cuanto al «don de Venus», existe una doble corriente histórica, una especie de mestrom operante en lanzadera, que lleva unas veces la invasión del espiroqueta pálido del caño al coro —del Nuevo al Viejo Mundo— y otras en viaje inverso, del coro al caño. El espiroídeo de Ehrlich es un buen cliente de la Agencia Cook, o sea, un microbio muy turista.

Se discute entre doctores, como en un mercado de chinos, acerca del origen animal de la coqueta plaga. Cuentan que en el talón del borcegui papal (Calabria) existen unas culebras —lagarto, lagarto!— que maman la leche de las vaquillonas ya salidas del estado de merecer, en la propia fuente de 7 chorros; y les contagian a las noveles madrecitas la avería de Brieux, por la flauta de 7 registros. De ahí, el mote de mal serpiente, que a la sanie le aplicó el cura, al bautizarla.

Las apacibles queseras les pasan gentilmente sus violas a los fogosos todos. Y ya se anda a oscuras respecto a lo que ocurre luego.

En el Perú del virrey Amat, prohi-

bía un reglamento que chicos y chicas barbiponientes por la banda del bajo, pastoreasen los rebaños de llamas del Inca catalán, porque iban al revuelco con ellas y se establecían tratos demasiado prietos entre bestiaje y bestiarios. Con lo que Coridones y Amarilis se llenaban luego de pústulas y manchas de jamón, en castigo de los nefandos retozos.

La antigüedad docta debió de conocer la peste morada; verticoidal y azul, que hoy diríamos. Marcial habla de unos lises e higos de flor, que le habían salido a una favorita imperial en el cuello, por lo que hubo de ser tirada al muladar. Y por lo que también llama Marco Valerio FICUSUS —higoteado o híguerado— al avariósico.

El mal de Job, de Sócrates —poseedor de una nariz característica, con depresión en silla de montar—; de Felipe II, que se cucó vivo; del papa León X, de mate y terrosa tez; y hay quien dice que hasta de Jesús o de todo Jesús, debía de producir verdaderas hecatombes en los cenobios de ambos sexos, durante la Edad Media. Cuatro patronos nada menos tuvo que nombrar la Iglesia romana contra la lúe: santa María, san Fiacro, san Urento y san Dicnisio. Patrón, por lo mismo, el últimamente nombrado, de la realeza de Francia. Y como al Languedoc o al Midi se le dio por abogado en el cielo a san Sático, quedaron por allí encantuciados devotos y devotas. San Sático los tumbaba en el tambor. San Urento los quemaba en el ascua de santa María. Y san Dionisio les llevaba en Fiacro o fiacre a la bienaventuranza paradisiál. Y todos como un bróquil. Como un bróquil, guindado y collarado de habichuelas.

Lo probado es que con las Cruzadas no acabaron los sarracenos, sino las sarracinas que en la sangre de los caballeros cristianos encendieron las sarracenas. ¡Buenos pusieron a san Luis y a Ricardo Corazón de jamón!

El Oriente descacharró por el occidente a la Europa feudal.

Los lusos hicieron presente a Brahma del treponema trepanador, introduciéndolos por Goa en el Indostán. Aunque hay quien asegura que el Macedón se tuvo que retirar ya del Ganges con sus falangistas, falangeado por la terrible epidemia hasta los ojos.

A Colón las malinchitas de Santo Domingo le pusieron las tripulaciones, que se les caía la piel a tiras, como a las boas cuando están de muda. Hasta los Pinzones volvieron a Huelva pinzados y con la cara hecha un mapa o una carta de navegar. Al retorno del Descubrimiento, las marinerías del divino Almirante desembarcaron las bubas en Barcelona. De aquí partió el regalito para Valencia y Nápoles. En Italia, las soldaderas españolas, a la catapulta de cuyo caderamen nada resistía, obligaron al ejército de Carlos VIII a levantar el sitio de la ciudad partenopea. Cada sitiador se iba necesitado de 4 tandas de salvarsán. Los franceses propagaron esa cultura —el culto de la «Dama Verde»— por toda Europa en menos de un año.

Y no había a la sazón santo canonizado, que no entrara con esa marca de predestinación en la gloria de los calendarios. Todos los hijos de Dios estaban como una anchoa de ojetejar olivas sabucas. Pero, cada quispiam echaba el gato muerto al patio del vecino. Así los franceses llamaban al gálico «mal de Vesublo»; los italianos, «mal de París»; los portugueses, «mal de Isabel la Católica»; los españoles, «mal de santa Genoveva»; los polacos, «mal del gran Federico»; los rusos, «mal de Chopin»; los alemanes, «mal Tudor»; los turcos, «fuego de Mitra»; y los ortodoxos, «roseola de Mahomet».

Y la verdad es que ¡buenas podremias estamos todos!

Angel Samblancat

LA PALABRA AL MAESTRO

ESPAÑA ADENTRO

GALICIA

Lean, lean los que sólo conocen
a los gallegos por « Maruxa ».

SE habla constantemente del caciquismo gallego y de sus votos. No salían éstos de la voluntad de los pueblos. Las papeletas entraban en paquetes al tabernáculo sufragista por mano de los caciques y de sus agentes, como ocurría en toda la España rural. La mano del cacique metía y sacaba sufragios, y luego los contabilizaba cada reyezuelo a su gusto, turnando los caciques en el aprovechamiento de los votos y de las trampas.

Pero la vida aldeana tenía otros episodios en verdad memorables, como dos que hemos oído relatar a un bravo galaico de Lanzós, aldea agregada al municipio de Villalba, en tierras de Lugo.

Era hacia 1915. Lanzós tenía su prado de aprovechamiento común. No había apropiación particular de tierra. Tradicionalmente los aldeanos utilizaban el pasto para el ganado, sin competencia ni exclusivismo.

Se le ocurrió a cierto ricachón acotar una buena porción de prado. Los aldeanos vieron que el ricachón ponía vallas sobre la hierba, y se buscaron para comentar el caso con indignación, pero sin discursos. Ninguno de aquellos aldeanos sabía nada de socialismo ni de anarquismo. El ricachón — que por cierto era tabernero — se había tragado la cuarta parte del terreno comunal, acotando con estacas, barras y palitroques una superficie rectangular, la mejor por cierto, del prado.

Los aldeanos se pusieron rápidamente de acuerdo en ir al prado, con las harremientas de labranza más apropiadas para derribar la valla, y la derribaron a media noche. Después de pasar el grupo de expropiadores por el prado, apareció éste una mañana sin valla ni trazas de ella. El ricachón aprendió la lección y no se arriesgó a hacer ninguna denuncia, a pesar de contar con el favor de autoridades y tricornios.

Cuando a uno de los aldeanos le preguntó su nieto, al verle regresar a casa con la herramienta al hombro a hora desusada el motivo de la novedad, contestó el viejo con la reservada picardía del Noroeste :

— Vengo de matar topos, rapaz.

De la misma aldea habían emigrado muchos labradores a Cuba. Apenas llegaron a La Habana, fundaron « El Progreso de Lanzós », modesta Sociedad sin estatutos, sin sello, sin local y sin junta. Los asociados — todos los emigrantes que procedían de Lanzós — recordaban que en su aldea, de doscientos hogares escasos, salían los carneros de la escuela cada mañana para entrar los rapa-

ces en el local-establo y pasar unas horas rezando.

Los aldeanos cotizaban en La Habana medio dólar al mes y más adelante un dólar para construir una escuela nueva en Lanzós, organizando, además, festivales y tómbolas para reunir el dinero necesario y comprar materiales. Los aldeanos que no habían emigrado se comprometieron a trabajar en la construcción del edificio sin cobrar nada.

El plan tuvo realización, a pesar de quererlo estorbar el caciquismo cerril, que hizo llegar dos parejas de tricornios al tajo cuando el edificio que se destinaba a escuela estaba a medio construir.

He aquí el diálogo del caso :

- ¿Qué hacen aquí?
- Una casa.
- ¿Para quién?
- Para todos.
- ¿De quién es la casa?
- De todos.
- ¿Quién dirige la obra?
- Todos.
- ¿Quién paga los jornales?
- Nadie.
- ¿Quién los cobra?
- Nadie.
- ¿No hay un responsable?
- Todos somos responsables.
- Pero ¿trabajan sin cobrar?
- Sin cobrar.
- ¿Se burla usted de nosotros?
- Digo lo que es. Si dijéramos una mentira nos burlaríamos de nosotros mismos, porque nada rebaja tanto como la mentira.
- En mi vida he visto que se trabaje sin cobrar.
- También en las aldeas se ven cosas nuevas y se aprende.
- ¿Qué va a ser la casa?
- Una escuela.
- Ya hay escuela en Lanzós.
- Para los carneros, no para los rapaces. A un carnero le basta el establo; a un rapaz, no.
- ¿Por qué no piden una escuela al Estado?
- Porque el Estado nos da ya demasiadas cosas y no queremos que se moleste más. Nos da fuerza pública, que no necesitamos. Nos viste gratis de colorines en el cuartel y nos mantiene allí. ¿Cómo pedir más?
- ¿Y las carreteras?
- Las pocas que hay, las hacemos nosotros con pico y pala. El Estado no hace nada...

Todo este diálogo se desarrolló sin dejar de trabajar los aldeanos, y sin dejar los tricornios de asombrarse a cada palabra. Pero el asombro subió de punto en los tricornios y hasta cambiaron de color cuando todos los vecinos útiles de Lanzós,

mujeres y hombres, grandes y chicos, acudieron a paso lento con horcas, hoces azadas y garrotes, tan imponentes éstos como un as de bastos agrandado.

La noticia del incidente se había propagado con rapidez. La hueste aldeana avanzaba con la lentitud de los que saben que van a llegar a tiempo y no desean precipitar los acontecimientos. Además, el gallego conoce por instinto el código. Lo conoce como conoce los baches de la « corredoira » o camino vecinal : para evitarlos o saltar por encima.

Los cuatro tricornios se agruparon a la defensiva, de espaldas a la pared.

— Vienen a ayudarnos en el trabajo — dijo el albañil.

— ¿Con garrotes? — preguntó el tricornio-jefe, muy escamado.

— El garrote téngolo por fuerte. Puede servir de palanca. Hay piedras muy pesadas. Pruebe...

Realmente era una broma pesada invitar a un cabo de tricornios a que diera el callo.

Los aldeanos estaban llegando y les preguntó el tricornio-jefe, a unos veinte metros de distancia:

— ¿A qué vienen?

— ¡A trabajar! — dijo el albañil, sin dejar el trabajo.

— ¡Deje que contesten ellos! — profirió el cabo.

Este preguntó al albañil, buscando una víctima:

— Por lo visto, usted es el que manda aquí...

— Aquí no hay mando — contestó el albañil —.

Todos esos vienen a trabajar, y a que se nos deje trabajar en paz.

El tricornio-jefe estaba pálido. En un arranque de retroceso muy explicable, se le ocurrió echar agua al vino :

— Aquí no es cosa de discutir la cuestión...

— Callado me estaba — sentenció el albañil.

Como el coro se impacientaba y hasta una vaquera lozana blandía el as de bastos, gritó el cabo:

— ¡Al cuartel!... Y usted, albañil, venga mañana al cuartel.

— No tendré tiempo.

— Venga hoy por la noche.

— Estaré cansado...

— ¡Basta! — gritó el tricornio-jefe.

— Si voy, todos irán.

— ¡Todos! — gritó el coro.

La escuadra de tricornios se retiró a buen paso, aplastada por la entereza de los aldeanos, que despidieron a los servidores del cacique con una tempestad de silbidos.

Nótese la agudeza mental del albañil, en contraste con las palabras del civilón. A un galaico es difícil « cogerle » con preguntas, porque pregunta a su vez todo lo que se le ocurre.

El albañil no fué al cuartel, y la construcción del edificio llegó a buen término. Los aldeanos instalaron un reloj espléndido de torre en lo alto de la fachada, y en la parte más visible hicieron grabar esta frase, verdaderamente lapidaria : « No es propiedad del Estado. »

F. ALAIZ

SIN REPROCHE

No tales con espíritu cortante,
en palabras agudas e insolentes,
el corazón confiado de las gentes
que esperan tu consejo susurrante.

Hay siempre una palabra edificante,
incluso si denuncias lo que sientes
perdido en un error, y así no mientes
diciendo tu verdad, como a un
[amante.

No esgrimas el insulto y no porfies
en dejar con tu gesto absurda pena...
¡Ni a tu rígida idea te confies!

Y aprende a percibir, como azucena
bajo el cielo sembrado de alelías,
que la luz es pacífica y serena.

Abarrátegui

Las últimas andanzas de Don Quijote

EN un lugar de la tierra y cuyo nombre no viene al caso citar, caminaba un hombre maltrecho por sus últimas desventuras. Diríase de su silueta adornada de lambrequines y blasones el motivo principal de una estampa heráldica. Era de noche y sus cabellos de color de plata resultaban al recibir la caricia del claro de luna, que dominaba la más altas montañas.

Miradle, siempre caminando ese esquelético viejo. El SOLO, y hoy, más solo que nunca. ¡Tuvo tantos reveses en su azarosa vida!

¿Dónde va?

Camina y sueña. Sin remordimientos, pero más preocupado que antes. Día tras día marcha sin cesar. Su descanso algunas noches es exiguo.

Pero... Tuvo un alto en su camino. Era por el año 36, cuando los señores luchaban contra sus siervos y los siervos luchaban contra los señores. Por entonces tuvo amigos que, aunque siempre repudiaron (decían) el señorío, quisieron ser señores.

Marcha cabizbajo, aunque con cara alegre y jovial. Su semblante refleja la fatiga, sin que llegue al relajamiento. Su carne, del todo escasa, se halla envejecida, pero ese algo que le anima es fuerte y rejuvenecido.

—¿Cómo!... ¿Se para?

Sí, y piensa. ¡Tanto ha sufrido y soportado! Ha sido humillado y ultrajado por todos y por todo. Y... últimamente quien formaba con El un ser perfecto le ha dejado.

¿S...?

Cierto, es él, SANCHE. Como tenía ganas... y en aquellos tiempos, cuando ambos eran UNO, el grosero y sucio gustó el néctar de las mieles del mando, quiso dominar. Hoy le ha abandonado. Le gusta codearse con el Mundo y hasta creo que llegó a ser algo más que Corregidor. No sé si esos «señores» del «bien vivir» lo llaman MINISTRO. Y desde que se apartó de su Faro aprendió muchas cosas: se lava todos los días (sólo el cuerpo), lo que no tenía costumbre y emplea la urbanidad. En todo momento su sonrisa es presta a ofrecerse a no importa quien. Es más hipócrita que nunca y hace uso constante de la «Politesse» (creo que así lo llaman los buenos políticos y diplomáticos).

..

... pasa el tiempo, no mucho, y nuestro Rebelde sigue caminando; ahora sube y se dirige a las más altas montañas. Se aleja y se separa cada vez más del bullicio. Tanto ha caminado que le domina la fatiga. En silencio posa sus armas en el suelo: daga, lanza, cuerdas, cadenas, correas, etc., haciendo un montón informe de blasonería, y se deja caer por tierra.

..

EXTRANO DESPERTAR

—¿Quién eres tú que osaste venir hacia mí?
(El viejo despierta, se despoja de su agujereada armadura, y empuñando en su diestra la enmohecida espada se incorpora súbitamente.)

—Yo soy «el hacedor del Bien», en otro tiempo Caballero.

—Me haces reír, tu SILUETA es TRISTE.

—Pero... diga su Señoría: ¿Quién es usted?

El otro, mostrando un trozo de árbol en el que se adivina el comienzo de una talla humana, respondió:

—Soy el Aparte, soy YO, y más aquí tan solo. ¿Sabes que la única manera de encontrar tu YO, y de que seas respetado está en la soledad? SOY ZARATRUSTA.

—Si bien recuerdo, vuestra Excelencia desprecia a los hombres...

—Los he querido y los quiero a mi manera. Deseo que sean superiores. Y tú... ¿por qué te apartas de ellos?

—No me aparto de los hombres. Son ellos, su organización presente, la Sociedad, quienes me apartan. Si vieres qué máquinas emplean para su administración...

—Las conozco. Los ESTADOS. Es por lo que yo habito aquí, en las alturas; así ignoran mi existencia. Quiero ser YO. UNO, y no la continuidad de los eslabones de aquel MONSTRUO ELIMINADOR DE VOLUNTADES.

—Habla bien vuestra merced. Quisiera aprender algo de vuestro saber.

—Tú has sido siempre tonto y débil; algunos te dicen bueno. Siempre distes todo por quienes ni lo merecen ni saben el valor que tiene el SER LIBRE.

—Tal vez sea cierto; y ¿sabes por qué me aparto de la plaza pública, como usted la nombra? Pues bien; porque los que tenían como mis mejores amigos, los que vi siempre en todas las luchas de redención contra vasallos y opresores, los que creí hasta estos últimos momentos que eran carne de mi carne, que eran el algo más importante de mí, me abandonan.

—(Riendo a carcajadas Zaratrusta.) No sin razón te llaman QUIJOTE. ¿Pretendías esperar otra cosa de los hombres? Ignoras, por casualidad, que hay muchos Sanchos?

—Sí, pero no sólo me dejan, sino que PRETENDEN EMPLEAR MI NOMBRE para fortificar los puntales de aquel «aparato monstruoso» del cual hablamos antes. Echaron por tierra la obra de sus días. DEL ROL DE OPRIMIDOS PASAN AL ROL DE OPRESOR.

—Te lo mereces.

—¿Porque he luchado por ellos, por el Pueblo?

—Sí, y si algo bueno les haces, un día te verás quemado vivo o crucificado por tus protegidos.

—Sí, pero si no les ayudamos nosotros que tenemos armas...

..

Silencio profundo. El viejo, mirando la talla que Zaratustra tiene en las manos, le interroga:

—¿Qué significa lo que tiene en las manos Vuestra Merced?

—Es un hombre. Es el pobre, niño e imbécil de Cristo. A ratos me entretengo en esculpir este icono de los alla abajo, imagen principal de los valles que has abandonado.

—¿Por qué lo hace de madera teniendo tan buen barro en las alturas?

—Cristo es aquel que sufre constantemente; es la carne sacrificada en las guerras, es el que arranca el carbón en las oscuras profundidades, es el que funde los cañones; son sus hijas que, sumisas, ofrecen sus carnes por unos mendrugos; son los que tienen hambre y sed, los que esperan Justicia, los que desean equidad, pero NADA HACEN para conseguirlo. Y aunque los aborrezco los quiero, aspiro a liberarlos. Hago de madera este

Cristo para quemarlo y con él el hambre, enterrando después las cenizas de ambos.

—Maravilloso vuestro pensar y...

—...y ahora que te encuentro a ti, que todo lo has dado y lo das por aquéllos. Tú, que amaste tanto la masa, te pido que me prestes ayuda. Abandona tus sentimentalismos y despójate de moral y fe. Trata de ser más TU MISMO. Supérate y así llegaremos...

—Y nosotros solos, un par, ¿qué haremos?

—Ya te apercibiste del buen barro que poseo. Pues bien, cede un poco de tu «social» proceder y yo desprenderé algo de mi temperamento «asocial» (y no insociable, como algunos confunden) y así, entre los dos, construir de este buen barro una escultura, no como modelo, ya que las restantes se harán cada una a su manera. Esculpa-mos UN HOMBRE limpio de prejuicios y de dogmas, que sea desobediente y sin ambiciones, que NO AME GOBERNAR, un Hombre que desprecie todo Arquismo.

—Hagamos, pues, ese AN-ARQUISTA.

FINSTER

La única salida

LEMENTARIAMOS mucho que los partidos republicanos, que el Partido Socialista, que sectores progresivos importantes de la opinión que pesarán sin duda en la España futura, se negasen sistemáticamente a valorar la experiencia del régimen de la Economía socializada que hemos hecho desde 1936 a 1939. Darian con ello pie a nuevas tragedias. España no puede salvarse del abismo de desnutrición, de miseria, de ruina biológica con el antiguo sistema antieconómico del latifundio parasitario y del minifundismo antieconómico en el campo de la producción agraria; no puede salvarse con el sistema industrial del capitalismo privado, porque este no logra suscitar ni aprovechar todas las energías y recursos que es posible poner en acción y porque, además, tiene que seguir la trayectoria de la crisis mundial.

No somos doctrinarios empedernidos, no queremos imponer a los demás ni a nosotros mismos un dogma económico cualquiera; solo queremos que no sean obstruidas las tendencias históricas de nuestro Pueblo hacia el colectivismo, que conduce tanto con su temperamento y modo de ser como con las exigencias apremiantes de la Economía nueva, la de la abundancia.

Habrà, sin duda, disputas, luchas, roces entre el estatismo y la socialización, entre los intereses sociales generales y los de pequeñas minorías privilegiadas. Sería lamentable que en esas disputas los sectores republicanos y socialistas, en general progresistas y liberales, se colocasen del lado de los estatólatras. En ese caso, nosotros quedaríamos, como ayer, solos, pero con nuestro Pueblo y a su lado. Y como no somos un factor insignificante, no habría comienzo de estabilidad política, económica y social, y los resultados serían desastrosos.

Invitamos a todos los partidos, organizaciones, sectores de opinión, a estudiar sin reservas ni preconceptos la magnífica creación popular de 1936 a 1939; merece respeto y acatamiento. A nosotros, en tanto que españoles, y en tanto que propugnadores de un régimen económico socialista, nos llena de orgullo. Una República que quiera pasar por alto esa etapa, esa experiencia vivida en horas angustiosas, está de antemano condenada al fracaso y al desprestigio.

Hay que tener el valor de ser hombres del siglo XX y confesar que, después de todo lo que ha visto el mundo, después de dos guerras mundiales, la única salvación está en el socialismo. España está perfectamente preparada para dar los primeros pasos en ese sentido y para mostrar a la Humanidad la senda redentora. ¡El socialismo o la guerra! Se trata de elegir; y la guerra es ya, con las armas disponibles, la destrucción de la Humanidad.

Si todos los sectores de opinión liberal y progresista se uniesen en España con nosotros en la reivindicación y la defensa de la voluntad de nuestro Pueblo, esa pequeña península, apenas mayor que la provincia de Buenos Aires, estratégicamente situada, sería el primer foco efectivo del renacimiento mundial en la paz y en la libertad. En cambio, si por partidismos dogmáticos se rehusasen a ello, a valorar la labor constructiva y la capacidad creadora del Pueblo español, es decir, si se rehusasen a confiar en nuestro Pueblo, la lucha sería mas difícil; pero nosotros tendremos siempre la suficiente fuerza y energía para continuar enarbolando la bandera del socialismo, que no hemos arriado desde los días memoriables de la Primera Internacional.

DIEGO ABAD DE SANTILLAN

La peregrina del mar

A Alfonsina Storni, que está oyendo el mar y el mar sus versos.

FARO de costa — alguna vez las nubes bajan a él — empapado de mar, húmedo de infinito. Torre blanca, en una eminencia lejos de tierra. Surge del piso rojo del terrado, al que rodea la baranda pintada de minio, separación entre la vida y la muerte. La escalera adosada a la torre no se ve. Soledad ambiental, regazo de rocas.

Guardesa. — ¿Traes o no el romance?

Ermitaño. — No es romance ni otra cosa de ciegos, misia Ramos.

Guardesa. — ¿De quién si no tuyos los mil cantares.

Ermitaño. — Del vulgo, a cada cual lo suyo.

Guardesa. — Arrinconante el legón como tu parentela.

Ermitaño. — Estas breñas escupen la azada y a uno le cae la saliva.

Guardesa. — Eras pescador.

Ermitaño. — Cuando más, campesino fui : quise echar la yunta por el mar y labrarlo. Ahora comeríamos pan azul.

Guardesa. — Raro se me hace teniendo parte con la Virgen.

Ermitaño. — ¿Plugo a San Isidro valerme de sus bueyes?

Guardesa. — La Peregrina del Mar, tu sonsaca : la Gaviota, enamoriscada de Delfin.

Ermitaño. — Favoreciendo a la Gaviota y desfavoreciendo a la imagen. Ella, con su luz, guiará a los navegantes.

Guardesa. — Luego sobra el faro.

Ermitaño. — Sí, éste. El nuevo, conforme a la pureza de la leyenda — helo aquí — tiene la comezón del cielo. Erecta la señora en la piramidal columna de alabastro, aparece como diz que primeramente arribó : vestida de brisa de mar y agua salada. Ofuscantes destellos brotarán de sus ojos, repetidos y expandidos a través de la inmensidad. El faro será otra maravilla, como el de Alejandria, alzándose del ermitorio en el que se adorará a la imagen de mi peregrinación, luengos años por apartadas veredas para erigirle este templo.

Guardesa. — Para ponerte rico y a los tuyos poner.

Ermitaño. — Repugno el pan que a dinero sabe; prefiero el que sabe a esfuerzo.

Guardesa. — Bien de haciendas mercas y bien a los tuyos regalás.

Ermitaño. — A mayor gloria...

Guardesa. — Recogedores de bosfa, pelantrines.

Ermitaño. — Anderos de santos, brazos para las

campanas de la iglesia, cuando la esteva los brazos de jolibres.

Guardesa. — Ayer, no hoy.

Ermitaño. — Siempre es ayer observando la vida.

Guardesa. — Letra menuda no te falta.

Ermitaño. — La de mis mayores. Mi abuelo roturó el firmamento y contó las estrellas de su parcela, a las que dió denominaciones bonitas. Mi padre, en esta heredad marina, esparció tierra del Calvario y ahuyentó con exorcismos los malos espíritus acobijados en las rocas. Sabiente de varias lenguas y de muchas canciones anduvo a postular para la obra transmitida a sus cinco hijos.

Guardesa. — Cinco los pecados capitales.

Ermitaño. — Yo siento hambre y sed de leguas (el incentivo de lo distante) y quemarse mis pies en la inacción : es cuando pongo la casa en el zurrrón y a hombros la cargo, anda que anda con la Peregrina de un punto a otro. Peregrina ella y nómada yo, juntos imploramos la caridad de puerta en puerta. Mi cometido ha terminado. Vamos a levantar un pilar elevadísimo, una torre luminosa nunca vista, con la imagen por lámpara : de todas partes vendrán a visitarla y este lugar despertará a la vida.

Guardesa. — Zorro, al turismo. Di : ¿precisa la leyenda la capacidad taumatúrgica de la Peregrina? ¿Cura el qué el agua de la gruta? A encomiarla soy como factor culinario excelente, no como regenerador del cabello. Lleva cuenta con la Ciencia. Sobre todo, no encizañes a las vírgenes, la competencia abaratará los milagros, los hospedajes, los trasportes a vapor y a remo y entonces convendrá que no venga un alma. Hará falta una costura de acantilado entre tierra y mar (aguja e hilo tiene Santa Rita); costará menos que separar las aguas para venir aquí a pie en luto, al pique de que se reúnan. La tragedia del Mar Rojo enseñó a los hombres a nadar.

Ermitaño. — A usted la ha envenenado Voltaire.

II

Oyese el reniego de Delfin, hostil a los requerimientos de la Gaviota. Todas las mañanas la aurora lo viste de limpio. Está madurando todavía y posee la gracia de un gnomo errante. Parece de niebla, no obstante el relumbro de la cabellera y las barbas tañeñas. El mar es su parva, trabaja en trillos de mareas. Tiene más de pez que de hombre : estampa de sal y humedad.

Delfin. — ¡Salve!

Guardesa. — ¡Delfin, no salpique!

Delfin. — La he llenado de zafiros.

Guardesa. — ¡De sal, guarro!

Gaviota. — ¡Guarro, y es un semidiós!

Guardesa. — ¿Tú por ventura su costilla?

Gaviota. — Tras de eso ando.

Guardesa. — ¡Desvergonzada, « jiranta »...!

Ermitaño. — Ave de mar : gaviota...

Delfin. — Está loca.

Gaviota. — Por tí.

Delfin. — Si rondas mi heredad aullará el lobo marino.

Gaviota. — No le temo. No sé lo que es miedo.

Ermitaño. — Tú y la Gaviota haríais buena pareja.

Gaviota. — ¿Verdad que sí, tío?

Delfin. — Esta tiene enojos de mar y antojos de tierra.

Gaviota. — El mar es mío.

Delfin. — ¡No, mío!

Ermitaño. — El mar de los peces, bajo el patrocinio de Neres.

Guardesa. — ¿y qué más pez rubio que éste? El cochino obliga a bajar la vista porque anda casi corrito.

Gaviota. — Lo propio dirá de mí la señora farera.

Guardesa. — Digo que no tenéis vergüenza.

Delfin. — Nada le falta a quien tiene el día y la noche solamente.

Gaviota. — ¿Para qué más?

Delfin. — Las olas me ponen camisas de espumas y la playa calzones de arena : Me sustentan las rocas, no señaladas en los mapas ni los niños con pozales y palas que a llevarse las conchas vienen. A mi madre perdí cuando el patrón de la barcaza, porque era vieja, la hizo astillas. Lloré lágrimas negras aprisa, de una vez todas, y ya no he vuelto a llorar.

Ermitaño. — Cuentan que te arrojaste al mar.

Delfin. — Aquel peñón lo sabe, sí, señor, sólo que el mar rehusó tragármelo; por el contrario, me trató con blandura. Sentí pasar sobre mí en carrerón por desbocados corceles arrastrado sin causarme ningún daño. Ahora soy pastor en majada de peces.

Gaviota. — Rectora yo en residencia de Gaviotas.

Delfin. — La gaviota y el caracol, filfa.

Gaviota. — El caracol, baboso, mocososo, padece de ver-de en espera de ser esmeralda. Lleva consigo la casa de espiras y tiene cuernos como el diablo. La gaviota apacéntase en las praderas a flor de agua y en desalar el mar se obstina para endulzar la tierra; menos gimnasta que la golondrina, pero tan graciosa como ella. Plegaria en vuelo con parte de Espíritu Santo, eso es la gaviota.

Ermitaño. — Amén.

Delfin. — ¿Qué viene a ser amén?

Ermitaño. — Lampo...

Gaviota. — Opalo.

Ermitaño. — La más blanca y transparente de las palabras. Mi padre decía que era un terrón de azúcar caído del cielo.

Guardesa. — ¡Pobre del que le caiga en la cabeza!

Ermitaño. — Misisa, del cielo no caen sino bienes.

Delfin. — El cielo es la tapadera del mar.

Guardesa. — Si la tierra es una tinaja y el cielo la tapadera, ¿dónde queda el infierno? ¿O no hay infierno?

Ermitaño. — El de las malas bestias, sociedades protectoras tienen.

Ermitaño. — No pretenderá usted que les digan misas.

Delfin. — Lo que arriba se muestra, dimana del suelo del mar. No es fácil dar una explicación del mar por dentro y que se crea, además de no dejarse ver sino de muy raros. Nadie crea que se llega al fondo del mar, donde están escondidas sus maravillas, rápidamente, porque es un viaje largo, sujeto a una gran diversidad de climas procedentes de la diversidad de las aguas. Yo he visto pilares de oro sosteniendo alcázares de coral, torres de topacio con cúpulas de rubíes, racimos de perlas en grutas de cristal, sauces cuajados de diamantes, rosaledas convertidas en nidos de peces, lucernarios inflamados de azul enhiestos en columnas de pórvido con taraceas de ágatas. Y otras maravillas que no digo por temor de no ser creído.

Guardesa. — ¿Han de salir más embustes de tu boca? ¿Quién te ha enseñado a mentir?

Gaviota. — Servidora...

Guardafaro. — ¡Míralo en el tobo! ¡Echa para abajo y concárate con el personal que en busca tuya viene.

Ermitaño. — ¿Sabes el motivo?

Guardafaro. — Preguntarte si ha derecho a comer el que no pisa la iglesia.

Ermitaño. — Yo, ni Agustín ni Tomás.

Guardesa. — Briján a secas.

Guardafaro. — ¡Calla tú!

Ermitaño. — Comer debe por su corro el penitente y por el suyo el penitente, sobre el particular tiene dicho San Pablo.

Guardafaro. — Ateos son los que vienen a pedirte trabajo.

Ermitaño. — Que acudan al cabildo.

Guardafaro. — De allá vienen y los han enviado acá.

Delfin. — ¿Qué hombres son menester aquí? Mariano el faro, dejar a los peces que lo construyan.

Gaviota. — Las gaviotas ayudarán.

Guardafaro. — No estoy para bobadas.

Ermitaño. — Está completo el personal. Mañana a la colocación de la primera piedra.

Delfin. — Habrá tempestad.

Gaviota. — El faro respira luz. Es un fantasma solitario en perenne aparición. Un cáliz de agua salada en el que, de bruces, beben agua dulce los angelitos.

Anda que anda, la noche llega al mundo. Extiende por todo un toldo de oscuridad a fin de no ser vista su catadura. Por veces las estrellas le temen. Otras la luna asoma la faz por la carbonera de nubes y al instante hace mutis. Escoba el viento las calles. Algo malo dispone la noche, algo malo. Pretendía la tempestad : el huracán furioso, en vanguardia, todo lo atropella. Las cosas ingráves echan a correr. Albora el ramaje de los árboles enloquecidos. Arriba atacan con exhalaciones. Y las nubes ábrense el vientre a diluviar...

Gaviota. — ¡Delfin! No te abismes, que anhelo parir de tí!

Delfin. — Mejor que corras a tu alcor, si como el faro no está anegado, o a un chozo del cielo.

Gaviota. — ¿Y tú?

Delfin. — Yo a la parva, a trillar la tempestad.

Gaviota. — ¡Delfin, amante...!

Delfin. — El mar. El mar, broando, te manteará, y ahogará. Tú no sabes valerte de sus trapecios equinociales. Tú no conoces sus flexuosas viales. Tú no te acoplas a sus peligrosos círculos. Guárdate de que las olas te empaqueten convirtiéndote en cucurucho de sal.

Gaviota. — ¡Se me han muerto los ojos y no veo!

Delfin. — Al revés de la Noche, que sólo ve a oscuras.

Prosigue el estrago. Las aguas furentes sublevaron la parte más alta de la costa e inundado totalmente el caserio de la marina. Manduca la Noche desgracias embriagada de iodo. Sus siete hijas, las Pléyades, andan a tunear por los andurriales del Cosmos con los libidinosos luceros, mientras la luna, vieja aspaventera, recargada de estuco, curioseaba un momento y casi inadvertida, desaparece. Ni la Noche se ha levantado de la mesa ni las Furias han abandonado el estadio de agua. Sobre la anchurosa alfombra del mar flota el cuerpo desnudo de la Gaviota, en cuyo lecho de espumas ya no podrá recibir a Delfin, obrero de la tempestad con el que anheló tener un hijo.

PUYOL

L A S R A Z A S

ANTOLOGIA

QUE existen diferencias hereditarias bien marcadas entre los grupos étnicos que pueblan nuestra tierra, no es dudoso. En este sentido, el término «razas» puede ser empleado con un significado legítimo. Linneo, el iniciador de la clasificación de los seres vivos, y cuyo gran don de observación y sistematización — cualesquiera que hayan sido sus defectos en otros aspectos — no puede ser puesto en duda, distinguía cuatro razas humanas: 1) la europea o blanca; 2) la americana o de piel roja; 3) la asiática o amarilla y, 4) la africana o negra. Más adelante ha sido admitida, como quinta raza principal, la oceánica o parda. Si esta clasificación abarca efectivamente la totalidad de los seres humanos, no nos interesa aquí, como tampoco un análisis detallado de los diferentes caracteres hereditarios que se atribuyen a las razas mencionadas. Basta hacer notar que en la mayoría de los casos — aunque evidentemente no siempre — una simple inspección de un individuo permite establecer a cuál de esas razas pertenece o a la mezcla de qué razas debe su aspecto morfológico.

La admisión de la existencia de diferentes razas, en el sentido indicado, de ningún modo, naturalmente, incluye el reconocimiento de distinciones jerárquicas entre ellas. Siendo la mayor parte de los estudios etnológicos obra de representantes de la raza blanca, se comprende fácilmente la tendencia consciente o inconsciente de los autores en el sentido de atribuir a la propia raza cualidades superiores a las de las gentes de color. Una tal distinción general, es, sin embargo, con toda seguridad, falsa e insostenible. En cuanto a los caracteres somáticos se refiere, huelga todo comentario al respecto. Es perfectamente sabido que la fuerza muscular, habilidad y resistencia física de los hombres de otras razas en nada desmerece y muy a menudo supera a la de los blancos. Carecemos también del derecho de atribuir valor absoluto a nuestro criterio de belleza racial, puesto que, si es cierto que nos parecen, en general, más atrayentes las facciones características de nuestra propia raza, exactamente lo mismo ocurre entre los negros, los indios y los mongoles.

Más difícil resulta comparar entre sí las cualidades intelectuales y morales de personas de distinta raza, siendo por esto, precisamente, dichas cualida-

des de la gente de color las que con mayor frecuencia han sido objeto de apreciaciones despectivas por parte de los blancos. La capacidad intelectual y el carácter moral de una persona son en parte, productos de su educación y formación social. Por esta razón, ni el intelecto, ni la moralidad de un salvaje o de un negro, obligado a vivir al margen de nuestra civilización, pueden ser comparados, con justicia, con los de un blanco, cuya educación le ha permitido participar en los adelantos culturales de su época. Tampoco la actitud mental de un hindú o de un chino, ambos herederos de una cultura más antigua, pero distinta de la nuestra, puede ser juzgada a base de la misma norma que la de un occidental. Únicamente por no haber comprendido el significado profundo de sus tradiciones culturales, pudo el hombre blanco llegar a considerarse superior a los pueblos de Oriente.

En los últimos tiempos, sin embargo, hasta los que siguen atribuyendo a la civilización europea un valor intrínseco mayor que a las demás civilizaciones, deben haberse dado cuenta de que el relativo atraso de los pueblos no blancos no se debe a su inferioridad racial. En el caso de los mongoles, el hecho de que los japoneses, en unas pocas generaciones, hayan podido asimilar toda nuestra civilización técnica — con inclusión de sus aspectos más repugnantes — comprueba que su inteligencia en nada desmerece de la de las naciones más adelantadas. Y lo mismo ocurre, aunque en menor escala, con los indios y con los negros en Norteamérica y en el Brasil. En general, no es temerario afirmar que representantes de todas las razas humanas, en la medida en que sus condiciones sociales y económicas lo permiten, se muestran tan capaces de asimilar la cultura europea como sus propios creadores. Una vez que la explotación de las razas de color haya desaparecido, desaparecerán también, con toda seguridad, las diferencias que actualmente las separan de nosotros, en cuanto a su evolución intelectual y cultural se refiere.

Pero mientras las razas principales de que nos hemos ocupado hasta aquí se distinguen entre sí, al menos morfológicamente, si ya no en cuanto a su valor intrínseco, en el caso de las supuestas razas menores ni eso puede afirmarse.

S. M. NEUSCHLOSZ

Y Cristo en alpargatas

(CONTINUACION)

Había llegado, rato antes, una modesta pareja de mozos. Ella joven, sencillísima y embarazada, a punto de dar a luz. El, humilde y voluntarioso, lleno de solicitud por la joven esposa. Llamaron a una chabola. Salió una mujer que los recibió consternada y con ademanes de asombro. Entró la pareja. Luego salió la mujer, que llamó a otras mujeres de las chabolas, Nieves y Carmela entre ellas... Todas comentaban entre sí, asombradas e inquietas. Hubo idas y venidas y finalmente se oyó el llanto primero de un recién nacido.

NIEVES

(Saliedo con Carmela)

La lumbre no me ha bastado, el agua no estaba hirviendo. Mira qué apagar de estrellas delante de ese lucero.

La zagala se ha portado como las bestias pariendo y acariciaba la hierba con un suspiro tremendo. Una sonrisa de azúcar le vi en sus labios sedientos

CARMELA

Guapa moza, ¿no es verdad? y el varón qué duro y tierno, qué preciso en su entereza y en sonrientes silencios

NIEVES

Yo no sé qué hace esta gente que viene desde tan lejos con un vientre tan maduro a punto el fruto y sin miedo de que la criatura nazca antes de llegar al pueblo...

CARMELA

Al pueblo sé que llegaron, pero no los recibieron... Están llenas las moradas de alegrías y no hay tiempo de atender a las que paren sin tener su propio lecho.

NIEVES

Y aquí se vienen, al puente, donde entre sacos y leños nos acosa la pobreza con engarrotados dedos.

CARMELA

Y pare la moza un zagal que envuelve en pañales viejos.

NIEVES

Y espera con mansedumbre en este país desierto que su niño crezca y viva bajo decoroso techo con un pan limpio ganado en el cotidiano esfuerzo

de darle a la vida el fruto que luego nos comeremos.

CARMELA

Y van a ponerle al niño Manuel... Manolito. Yo creo que a estas horas mil Manolos llegan lo mismo a este suelo donde cantan villancicos al Emmanuel de los cielos...

NIEVES

Pues que le sirva el cantar al que más cerca tenemos y supongamos que Dios viene a nacernos de nuevo en la pobre Andalucía que tiene frío en los huesos. Dios quiera que esa buena moza y a su mozo, el alfarero que tiene manos templadas en el barro y en el cerzo.

CANOSANTO

(Sale a buscar a su marido)

¿Con quién habla mi marido sobre el puente?

NIEVES

Ve tú a verlo.

FERNANDO

Estoy hablando con Dios que en prendas de humilde aspecto con barba rubia y los ojos de pensador sin dinero, viene a explicarme el amor de un modo que no comprendo.

CANOSANTO

Ya puedes estar bajando y venirme pronto dentro si no quieres caer malo con un catarro de miedo. Ya está bien lo que has hablado con las huestes del infierno. Deja a Dios en paz arriba con su luz y sus aciertos que aquí ya hay mucho que hacer con mi amargura y tus yerros. Que Dios no viene tan bajo. Dios no nos echa de menos. El Padre Santo de Roma vive en palacios ermejos, en silla pontifical de oro puro y con incienso que le llenan los pulmones de untoso sabor de muertos. Que si Dios habla contigo porque te salga de dentro, ¿por qué no viene a decirnos qué en España le hemos hecho que a los ricos tan bien trata y a los pobres como a perros? Mientras haya madres de éstas que paren como los cerdos en cualquier antro del mundo sin propio suelo ni techo, que no digan que hay un Dios que valga para un remedio.

Que yo no aguanto el ultraje y si hay Dios no aguanta esto.

Fernando ha descendido para entrase luego, con su mujer a su chabola. Nadie hace caso del Mendigo, que queda solo sobre el puente musitando.

MENDIGO

España está atribulada con su sentimiento impuro de una vida que no es mía y que serlo nunca pudo. No hay tierra donde mi nombre se alce tanto, como el humo, en bocas que lo pronuncian con un pensamiento obtuso, mil voces como un suspiro, otras mil como un conjuro, cien mil veces como un grito otras cien mil como eructo, trescientas mil escupido y siempre, siempre de luto. Mi nombre en España suena a calamidad y a barrunto de ignorancia bonachona, de error coronado en bruto, como una vaga presencia de misterio, y en un susto de eternidades sombrías, el español absoluto va dando toda su vida a lo que le da más gusto. Y es gusto de multitudes halagar el propio orgullo, si hay oro a mano y si no darlo a los cerdos de un mundo que traba los pies descalzos y con despotismo absurdo pone en desnudas cabezas pesados extraños yugos. Mi nombre tiene en España la presencia del verdugo, demolidor de esperanzas, señor de manejos turbios que oscureciendo las almas, las vacía de amor fecundo y entrega a las soledades tras unos pasos inicuos... Mi nombre en España quema cual una brasa lo puro que nace en aquel que quiere la libertad como impulso que en el hombre fue motor de ideal limpio y profundo. Y cuando quema mi nombre, al pueblo se le hace oscuro el amanecer **callado** que ellos ven como crepúsculo. Yo tengo el alba en mi mano y la ofrezco al corajudo que quiera aquí arrebatarla con gesto viril y a pulso. Yo no soy el Dios que aterra con amenazas ni insultos.

Yo no soy el Dios zopenco
de sacrificios oscuros,
ni soy el Dios de los santos
que renegaron del mundo
con postura de azucena
y en favor de sus asuntos.
Yo no patrocino altares
ni tinglados que rehúso.
Todas las misas me espantan,
todos los ritos repudio,
aborrezco ceremonias,
todo pompa y todo culto.
Yo no soy quien tanto pintan
socarrón, ciego, tozudo,
Dios voraz de pederías,
sojuzgador de difuntos,
vengador a humano modo
de lo que juzgáis injusto.
No soy el recamastrón
que espera el final del mundo
para dar premio y castigo
a quienes crea oportuno...
Mas soy la vida sencilla
que pasa aquí de continuo
esperando que haya un hombre
que me sorprenda, con gusto,
de ver que entre tantos dioses
quimeras de barro inmundo,
misterios interrogantes
y pensamientos profusos
soy la ignorada presencia
del Bien que quiere ser tuyo.
Estoy buscando un amigo
para hacer camino juntos
por esta España embotada
de oscurantismo... Y lo busco
con paciencia, con tesón,
concibiéndolo en mi impulso
hecho carne en mi sustancia
por estos campos del mundo.
Mi Quijote es mi Verdad
y en mi Verdad yo saludo
a España que va de negro
como un Don Sancho panzudo
llorando glorias de un amo
al que imitar nunca supo.

Llegan dos guardias civiles que entran y salen como quieren y sin permiso de nadie en las chabolas. Revuela de gentes. Por fin salen con el Mozo esposado, al que empujan violentamente, porque se resiste a dejar sola a la esposa. Muy lejos se oyen risas de gente borracha.

Pero esta verdad sencilla
que se define en mi Verbo
tiene su acción aplicable
en un amoroso gesto
que no es limosna o caricia
sino insobornable esfuerzo
por ver huir al cautivo
de la cárcel de sus yerros.

Es de valientes la empresa
porque no reclama reos,
reclama a los hombres libres
de alma, de mente y cuerpo,
libres en la sociedad
libres debajo del cielo,
libres de toda pasión,
libres de todo flagelo.

España nunca será España
sin una ley de amor cierto,
sin un afán de conquistas
de espíritu, no de terrenos,
de almas, no de manadas,
de hombres, no de muñecos.
No tendrá paz en su vientre
mientras baile al son del viento
que sople del interés
de quienes vendiendo el cielo,
cuando el cielo es don gratuito,
hacen víctimas de incautos
entre las gentes del pueblo.
¡Ay, pueblo de España entera,
qué necesidad te encuentro
de renovar tus principios
y ver tu vida en renuevo!

Yo sé cómo necesitas
echarte nuevos cimientos,
y edificar con cariño
y limpios conocimientos
sólidos muros de piedra
con ventanales abiertos...
Un día querrás alzar
tu cabeza entre los muertos
y oírás campanas sombrías
sólo por ellos tañendo.

Un día querrás echar
trabas y yugos al suelo
alzando manos y frentes
al despótico gobierno
y verás que fue posible
mil años antes hacerlo,
que el hombre puede, si quiere,
romper cadenas de hierro
y otorgarse dignidades
como legítimo anhelo.
España, si alza, puede
abrirse un camino de nuevo
sin los ojos en la espada
ni las manos en el fuego:
con corazón y palabras,
con actitud de provecho
y sin olvidar jamás
que la ignorancia fue yerro
hincado en su corazón
durante siglos enteros.

Si ese pueblo renovado
ve esperanzas en su cielo,
no quite vidas de nadie,
pero a nadie deje haciendo
posibles nuevos errores
que harán peor los postreros.
Si esa España esperanzada
se entrega fácil al juego
de la cómoda política
y el amable balanceo
de dejar para mañana
lo que el hoy reclama entero,
que no alvide que, escondidos,
amansurados y ciegos
de odio, aguardando habrán
quienes busquen el momento
de volver a tradiciones
que suman en muerte al pueblo.
Cuando veas tu alborada
por el oriente surgiendo,
no olvides que tu enemigo
está contigo, en tu medio,
que no habrás de eliminarlo,
pero que habrás de vencerlo
sacando toda la luz

de tu positivo esfuerzo,
e impidiéndole eche mano
con sus cinicos manejos
del poder que incautamente
le cedas con tanto celo.
Que otro día tu enemigo
publicará sus siniestros
planes de venganza, alzando
griterio patriotero
para cortar de raíz
con más de un millón de muertos
toda esperanza posible
de alzar la frente del suelo.

Ellos usarán mi nombre,
con un gusto que no tengo,
para hacer la guerra santa
a aquéllos que yo más quiero.
Ellos, que no me conoces,
pondrán mi nombre en sus hechos,
y me creeréis asesino
sin mamarlo ni comerlo.
No esperéis liberaciones
ajenas a vuestro esfuerzo,
ni creáis que yo, mi mano
por otras causas extendiendo.
Luchad con bien y mi nombre
no digáis, que es lo de menos.
Mi presencia es la actitud
de amor cordial y sincero,
de justicia hecha alegrías
y cielos en este suelo.
Habrá muchas Nochebuenas,
mucho religión por medio
y mientras tanto caerán
las vidas de mis obreros.
Mi gente sencilla y libre
verá su sangre vertiendo
y en las cárceles de España
habrá, por siglos enteros,
gritos grabados en piedra
manchados de sangre y fuego.
España me necesita
vivo en la luz de su tiempo,
sin más nombre que mi causa
ni más entrada a mi cielo
que la verdad engarzada
en el valor de mi Verbo.
Y el Verbo que yo pronuncio
es para los hombres recios
que buscan la perfección
en la perfección del pueblo
y el cielo tienen a mano
tan sólo con ofrecerlo.
España, cuando me mires
por este puente viniendo
y comprendas mi esperanza
por amor a ti vertiendo,
sabrás que la redención
no es cosa de monjes hueros,
sino pura libertad
de pies y de sentimientos
solo perfecta y posible
al sembrarla en torno nuestro.
Mas veo que no creéis
porque guardáis mil anhelos
que alimentan con astucia
legiones de fariseos.
España, a ti te toca
elegir tu suerte al vuelo.
Alza manos sin rencillas
repletas de entendimiento
para hacer de mis amores

tu más gozoso secreto
o te verás maniatada
y en garrote vil tu cuerpo
por bárbaras tiranías
de un babilónico imperio.
Ya hay cruces enarboladas
en despótico alzamiento
como promesa sombría
contra la gesta del pueblo.
No puedo cambiar destinos
más que hermanando mi esfuerzo
junto al hombre perseguido
por todos sus derroteros.
Un hijo, que era mi mente,
viene a la tierra a naceros
para vivir con vosotros,
serviros como maestro
e ir a pagar otras culpas
sin discutir ningún precio.
Lo veréis sin atractivo,
como zagal limpio y tierno,
humilde entre los humildes
justo, abnegado, fraterno...
Lo veréis con ropa fresca
de lino y pana... Y, modesto,
calzará sus pies cansados
con calzado como el vuestro :
las sencillas alpargatas
del humilde jornalero.
El estará a vuestro lado
si a su lado todo el pueblo
rechaza la burda trampa
que quiere tenderle el clero.
El sufrirá con vosotros,
desahuciado y en silencio
sin claudicar ni venderse
por dinero ni alimentos.
Y un día a garrote vil
será entregado por legos
que en nombre de cristos fríos
creerán agrandar al cielo...
España inquisicional,
con qué malditos pertrechos
has rechazado mi don



de Vida y Amor enteros.
No es mío cambiar destinos.
Yo a los hombres no les cedo
más que en el libre albedrío
hacer el bien o no hacerlo.
Mas hay de quienes se creen
mis enviados sin serlo,
que diezman a mis rebaños
destrozando y desuniendo...
¡Ay de quienes en mi nombre
cantando a coro entre incienso
viertan sangre de inocentes
por ambiciosos empeños!
Si ignorara como sé
que mi humildísimo aspecto
no os ofrece garantías
para ser tomado en serio,
otras palabras hablara
y mi gozo haría vuestro.
Yo sé bien que no creáis,
qué propósitos secretos
alientan con gran astucia
sacerdotes fariseos.
También sé que en sus errores
estriban los pseudoateos
dejando en vuestras conciencias
el mismo lastre que aquéllos.
Con paciencia y mansedumbre
en la Verdad os espero,
en su impulso os haré míos,
y sus frutos serán vuestros.
No quiero otra adoración
ni otro perfume tolero.
Ofrecedme en vuestros actos
el sumo bien que os concedo :
vuestra vida libre y limpia
de intachable gusto eterno.
(El mendigo se va, dolido, pero
con serenidad patriarcal).
CANOSANTO
(Que ha salido momentos antes, imi-
tando a Nieves)
¿Quién es ese mentecato
charlatán y malasombra
que con locas pretensiones
nos viene a... escocer ahora?

NIEVES

Uno del pueblo vecino
que dice ser Dios y toma
esos aires de idealistas
que no tienen una gorda.
Y el hombre, por no estar bueno,
no sabe hacer otra cosa
que crearse fantasías
que como rollos coloca.

CANOSANTO

¿Y qué dicen los curitas?

NIEVES

A esa gente no le importa
que haya charlatanes de esos,
mientras que nadie los oiga.
Y como en España estamos
adiestrados en ser sordas,
el poco tiempo que queda
entre faenas penosas
lo ocupamos en saber
cuáles son las nuevas coplas.
Después de tanto bregar
no hay más deseos de gloria
que un buen rato de jarana
o de prácticas devotas.

CANOSANTO

Tengo miedo que ese tío
con sus chaladuras ponga
a mi marido en peligro
de muerte... Vaya en buenahora
a hacer chalados más lejos
que ya el vino basta y sobra
para su imaginación
más sombría que las sombras.
Y vaya la Nochebuena
recogiéndose la cola
que yo me voy a dormir
mientras suena la zambomba.

En efecto, suena la zambomba. Le-
jos canta gente. Por otra parte se
grita. Pero muy cerca se oye el llan-
to de un recién nacido y los sollozos
de una moza, esposa y madre.

ABARRATEGUI

(FIN.)

DELICADEZA

Un buen día, cierta reina se encontró enferma
y el rey, celoso como estaba, con sobrada razón, de
las íntimas relaciones que el médico de la familia
tenía desde hacía tiempos con la reina, llamó a
otro para que diagnosticara y la cuidara.

— Puede usted estar contento — le dijo el rey al
médico, tan pronto éste se presentó —, cuidar a la
reina le va a dar mucha fama y mañana será soli-
citado por el vulgo.

— ¡Oh! Majestad, repuso el médico, fama ya ten-
go y gracias a ella estoy aquí.

EL ORIGEN DEL MAL

VIVIA un ermitaño en medio de un bosque, sin temor a los animales feroces que en él tenían su habitación. Es más, por permiso, divino, o por continuo trato, el santo hombre entendía el lenguaje de las bestias y aun conversaba con ellas. Un día en que el ermitaño reposaba bajo un árbol, se cobijaron allí para pasar la noche un cuervo, una paloma, un ciervo y una serpiente. A falta de otro quehacer y para entretener el tiempo comenzaron a disertar sobre el origen del mal en el mundo.

El cuervo fué el primero en abordar el tema, diciendo :

— El mal procede del hambre. Cuando uno come hasta hartarse, se posa en una rama, grazna a más y mejor y todo le parece de color de rosa. Pero, amigos, como se pasen dos días sin probar bocado, entonces cambia la situación y ya no parece tan riente y magnífica la naturaleza. ¡Qué agitación! ¡Qué intranquilidad! No es posible tener un instante de reposo y si oteo un buen trozo de carne, me lanzo sobre ella ciegamente. Ni palos, ni piedras, ni lobas furiosas serían capaces de hacerme soltar presa. ¡Cuántos de entre nosotros sucumben víctimas del hambre! Indudablemente es ella la causa del mal.

La paloma se creyó en el caso de intervenir, apenas cerró su pico el cuervo.

— Para mí — dijo —, el mal no viene del hambre, sino del amor. Si viviéramos solos, sin hembras, soportaríamos las penas sin experimentarlas; pero ¡ay!, vivimos aparejados y amamos tanto a nuestra compañera que no tenemos punto de sosiego y pensamos continuamente en ella. ¿Habrá comido? nos preguntamos. ¿Tendrá bastante abrigo? y cuando se aleja un poco de nosotros, nos sentimos como perdidos, y nos atormenta la idea de que un gavilán la haya despedazado o de que el hombre la tenga prisionera.

Comenzamos a buscarla por todas partes con loco afán y tal vez corremos a la muerte, sucumbiendo entre las garras de las aves rapaces o en las estrechas mallas de una red.

Y si la compañera se pierde, ya no se come ni se bebe; no se hace más que buscarla y llorar.

¡Cuántos mueren así entre nosotros! Todo el mal viene, por consiguiente, no del hambre, sino del amor.

La serpiente objetó :

— No, el mal no viene ni del hambre ni del amor, sino de la ira. Si viviéramos tranquilos, si no buscásemos quimeras, entonces todo iría bien; pero cuando una cosa se hace contra nuestra voluntad, nos arrebatamos y todo nos ofusca; no pensamos más que en descargar nuestra cólera sobre lo primero que se encuentra, y entonces, como locos, lanzamos terribles silbidos y nos retorremos tratando de morder a alguien. Y ya no se tiene piedad de nadie; mordería uno a su padre y a su madre; seríamos capaces de comernos a nosotros mismos y el furor acaba por perdernos. Todo el mal viene, indudablemente, de la ira.

El ciervo no fué de esta opinión.

— No, no es de la ira, ni del amor, ni del hambre, de donde viene todo el mal, sino del miedo. Si se pudiera no tener miedo, todo iría bien. Nuestros pies son ligeros para la carrera y nuestro cuerpo es vigoroso. Podemos defendernos de un animal pequeño con nuestros cuernos, y de uno grande con la fuga que nos reserva; pero es imposible no tener miedo. Que cruja una rama en la floresta, que se agite una hoja, y temblamos, en el acto, de terror; el corazón palpita como si fuera a saltársenos del pecho, volamos como una flecha. Otras veces una liebre que pasa, un pájaro que nos hace creer que somos perseguidos agita las alas o una ramilla que cae, por una bestia feroz, y tal vez corremos al sitio del peligro. Ya para evitar a un perro vamos a dar sobre un cazador, ya enloquecidos de pánico corremos sin saber a dónde, y de un salto rodamos por un precipicio, donde nos aguarda la muerte. Tenemos que dormir siempre preparados, siempre alerta, llenos de terror. No hay manera de tener tranquilidad y de aquí deduzco que todo el mal viene del miedo.

Entonces intervino el ermitaño y dijo :

— No es ni del hambre, ni del amor, ni de la ira, ni del miedo, de donde proceden nuestros males, sino de nuestra propia naturaleza, porque ella es la que engendra el hambre, el amor, la ira y el miedo.



La psicología y la conducta humana

De Schumann y Vatzlav Nijinsky a nuestros días

(Continuación)

De estas experiencias psiquiátricas conviene destacar y repetir algo de suma importancia: comprobar que los tres esquizofrénicos al estar en la misma sala pudieron conversar, estudiar y analizar — sin percatarse los médicos, eludiendo su vigilancia — sus casos particulares, qué les convenía hacer y qué conducta observar, sin más dilaciones, inmediatamente, dada la situación peligrosa que vivían. Esta experiencia es, sin duda, tan valiosa para los médicos como para los profanos que tienen familiares a su lado sufriendo perturbaciones nerviosas: demuestra cuán importante es para todos los tipos de enfermos mentales mantener relaciones sociales « normales », convivir con los allegados, con los que hagan por comprenderlos y no aislarlos y de todos sus semejantes.

Hoy preguntamos: ¿No podrían los psiquiatras de todo el mundo usar el « error o la sorpresa » de sus colegas — y también éstos — de Los Angeles como recurso psicoterapéutico en el tratamiento de muchos enfermos mentales? Tendría que ser aplicado con perfecta naturalidad para que se produjera antes la reacción psicológica sana, la más pronta recuperación de la salud mental de los pacientes. Al reducirse en éstos el periodo de tensiones psicológicas, de malestares emocionales, de ansiedades y angustias contarían con más defensas orgánicas, se facilitaría su más pronta curación y una normalidad o equilibrio más estable de sus vidas y de sus funciones superiores.

Por la relación que guarda con el ejemplo que comentamos en el trabajo « El sexo, el hombre y la sociedad », señalamos que si los tres pacientes precitados hubiesen sido abandonados por los psiquiatras desalentados e ido a parar al cuidado del doctor Brasil Jones — o de otro médico de similitud personal — habría informado también desde el « Diario Médico de Londres », o de otra publicación, que fracasó la Psiquiatría y triunfó su ciencia médica, y se atribuiría el éxito de las curaciones de aquéllos como hizo, indebidamente, con el enfermo mental de Londres. Felizmente, pese a lo descorazonados que estaban los psiquiatras de Los Angeles (EE. UU.) los tres esquizofrénicos — en cierto modo ya abandonados — continuaron en el hospital y pudieron observar el término de su febril estado nervioso, el fin de la crisis psicológica y la repentina, inesperada y rápida tendencia a mejorar por la decisión y firme voluntad de los propios pacientes.

Nuestras palabras no significan censuras para las técnicas psiquiátricas ni para los especialistas sino llamar la atención sobre lo difícil que es conocer y tratar los procesos normales y anormales de la mente.

De moral, oportuno y justo, muy justo, es que proclamemos que ni los especialistas ingleses ni los norteamericanos fracasaron en sus respectivos tratamientos psiquiátricos. Todos contribuyeron a que se descubrieran nuevos datos psicológicos que se aprovecharán en beneficio de todos los enfermos mentales con los que en adelante, tendrá que tenerse paciencia inagotable. Esta es la virtud fundamental para la investigación en todos los campos científicos, la que permite tener éxitos y pone a prueba si es o no verdadera la vocación y la aptitud del hombre por la actividad que ha elegido. Y la paciencia, inteligente y serena, han de poseerla, repetimos, en grado superlativo, los psicólogos y los psiquiatras. La cordura, la alegría y la felicidad de gran número de personas depende de que estos especialistas sean abnegados y pacientes.

En el precitado artículo publicado en CENIT defendimos la causa que consideramos justa: la de los médicos psiquiatras de Inglaterra. Y nos alegra haberlo hecho aunque en realidad no necesitaban ser defendidos. Pero nos satisface que cuanto expusimos y afirmamos sobre el caso de Londres poco después la ciencia lo había ratificado con tres enfermos mentales de Los Angeles. La simultánea triple curación de pacientes no nos ha sorprendido tanto, pues, como sorprendió a los especialistas psiquiatras norteamericanos.

Con lo anterior queremos dar a entender que cuanto intuyamos, pensemos y sintamos como cierto y justo, por ínfimos que intelectualmente nos consideremos — callando nos empujamos — más en grado irracional — hemos de expresarlo y defenderlo aunque el mundo entero permanezca en silencio. Pudo pasar más tiempo que lo verdadero — o admitido como tal hasta este momento — resplandeciera, como está ocurriendo con el indeterminismo y los determinismos psicológicos, únicos que existen, pero no era ni es moral permanecer en silencio indiferentes al esfuerzo de los hombres que luchan, calladamente, con heroico valor humano, por la salud mental de nuestros semejantes sin ser suficientemente comprendidos y ayudados en sus tareas.

MUERTE SIMULTÁNEA DE GEMELAS POR MAL CONTROL DE SUS FUERZAS PSIQUICAS MENTALES

Son muchas las incógnitas de la mente del hombre y de él, en particular, depende, casi siempre, generalmente hablando, su salvación o su destrucción. Los ejemplos que hemos dado lo comprueban.

Un caso insólito, verdaderamente excepcional, extraordinario de lo que ocurre a los sujetos que

usan sus fuerzas psíquicas, hasta las llamadas incorpóreas, en sentido negativo, suicida, destructivo, es el que nos brindó la prensa que leímos en México el sábado, 14 de abril de 1962.

La información de Morganton, North Carolina (EE. UU.) aparecida en la precitada fecha, es oportuna para contrastarla con la que nos da a conocer los casos anteriores con resultados opuestos. La transcribimos a continuación: « Como gemelas Bobbie y Betty Jo Eller, tendían a seguir el mismo camino ».

« Tenían los mismos problemas de tipo emocional, lo que originó que entraran juntas al Hospital de Enfermedades Mentales del Estado el año pasado, así como su regreso al hospital este mes. ».

« Ayer terminó la senda paralela. Los empleados del hospital encontraron a las gemelas de 31 años de edad muertas en sus camas que se hallaban en salas distintas del nosocomio. No se encontraron señales o marcas de violencia en ninguno de los dos cadáveres. »

« El médico legista del Condado de Burke, doctor John C. Reece, dijo que no había causa de muerte demostrable anatómicamente. Manifestó que ambas mujeres recibieron prácticamente el mismo tratamiento en el hospital con respecto a lo que calificó de medicamentos reconocidos como buenos. »

Al precitado médico legista y a los psiquiatras del Hospital de Morganton la muerte de las mellizas a su cargo los sorprendió tanto como a los especialistas de Los Angeles los ha sorprendido cómo se curaron los tres enfermos mentales que ya los daban por perdidos. Sin embargo estos psiquiatras se esforzaron por dar una explicación pública, pero los primeros se han limitado a decir que no había una causa de muerte demostrable anatómicamente. No obstante, consideramos que unos y otros — y la mayoría de los enfermos mentales — son parte del mismo problema: víctimas del erróneo proceder familiar y social. Las gemelas lo fueron, en el seno del hogar, posiblemente, desde que nacieron. Y que las gemelas perecieran y los pacientes de Los Angeles se salvaran fue obra, como constatamos, de la causalidad.

Con respecto a las mellizas es preciso no dejar a la suerte que gocen de salud mental y que vivan o no. Los padres que tienen hijos gemelos del mismo sexo deben ser previsores: acostumbrarlos, desde la más tierna infancia, no a que parezcan idénticos por el prurito que el mundo los confunda, como una diversión que al final complica sus vidas y los puede hacer enfermar y morir, sino que se distingan: que se calcen y se vistan distintamente; a que no desarrollen las mismas actividades y ocupaciones en el medio social; a que adopten hábitos y gustos diferentes, etc. En fin, que pongan en juego sus propias facultades, capacidades y habilidades físicas, manuales, estéticas, científicas y técnicas que desarrollarán con más satisfacción y aumentarán la valía natural y adquirido por cada uno independiente del otro o de los otros.

Aunque los gemelos coincidan en algunas cosas — como coinciden hasta personas extrañas — piensen los progenitores que no son idénticos ni ana-

tómicamente, que se diferencian en muchos aspectos de su estructura corporal, funcional y psicológica, y que lo conveniente o lo que necesitan para hacer una vida normal es cultivar sus respectivas características peculiares para que se sientan libres y obren, realmente, con independencia mental y moral, y no sean presas, exageradamente, de los mismos problemas de tipo emocional. De lo contrario al partir de la adolescencia — o antes — e iniciar o desear relaciones con los individuos del sexo opuesto surge el conflicto psicológico que los perturba y los desequilibra más y más como ha sucedido, al parecer, con las gemelas Bobbie y Betty.

Por el informe que hemos transcrito deducimos que estas enfermas mentales recurrieron, tardíamente, a los psicólogos y a los psiquiatras; pero, por otra parte advertimos que el tratamiento psiquiátrico fue mal orientado desde el principio y ocasionó casi fulminantes consecuencias irreparables. Ciertamente que su desarrollo normal y su salvación dependió de haberlas podido orientar y enseñar, desde temprana edad, para que aprendieran a aprovechar sanamente sus fuerzas físicas, intelectuales y morales, pero aún más tarde si sus conductas se hubieran encauzado, con mucha paciencia, adecuadamente, es más que posible que hubieran podido curar y salvar.

Las especialistas en psicología, psiquiatría, psicoterapia y pedagogía terapéutica saben, mejor que nosotros, lo que a veces no practican o no les deja realizar la sociedad autoritaria al regatearles los medios económicos que detenta: lo necesario que es un ambiente de normal relación afectiva y social, ocupacional y recreativa para todos los enfermos mentales. Y en el hogar, como en la casa de salud, podemos admitir que el ambiente que rodea al paciente es bueno, que lo influencia benéficamente, cuando constatamos que no se somete a otra voluntad o se libera de cuanto lo dominaba y enfermaba reflejando, con sus actos, que va adquiriendo voluntad constante, el dominio de sus emociones y de sí mismo. En 1961 fueron atendidas por los psiquiatras y al empezar el mes de abril de 1962 acudieron, por segunda vez, al tratamiento psiquiátrico falleciendo ambas el 13 del mismo mes. Ni dos semanas resistieron estar separadas. ¿Acaso no fue la separación que las impulsó lo que más daño les hizo, el rompimiento prematuro, brusco, repentino del vínculo psíquico que las sostuvo como única razón de sus existencias hasta los treinta y un años de edad?

Empezar a tratarlas separándolas fue el gran error. Los días de separación fueron de hondas angustias psíquicas y mentales, de agonía que acabó con sus vidas. Terrible fue romper, de un golpe, con la costumbre que tenían de vivir estrechamente unidas, adoptando la misma conducta en todas sus actividades hogareñas, económicas, culturales y sociales, obrando, en todos los sentidos, como si las dos fueran una sola persona y acabar la jornada, cada día, todos los días, las semanas, los meses y los años, durante más de tres décadas, ocupando, inclusive, el mismo dormitorio... y quizá el mismo lecho.

Nos habla el precitado médico legista que a las gemelas fallecidas les habían dado los mismos buenos medicamentos; pero consideramos que lo más importante en las enfermedades mentales son los métodos psicoterapéuticos que se usen. Estos han de elegirlos los especialistas psiquiatras; pero es evidente, dados los casos que hemos comentado, que de la buena o acertada elección, inteligente y paciente aplicación de los mismos depende que los pacientes sean o no curados.

Mucho menos graves parecían las enfermas mentales gemelas que los pacientes de Los Angeles, dado que se presentaron voluntariamente al Hospital de Enfermedades Mentales y desarrollaban normalmente sus actividades caseras, de trabajo y sociales.

En las primeras horas de la noche, ya en el dormitorio, Bobbie y Betty acostumbraban, seguramente, estando o no acostadas, a hacerse mutuas confidencias y exploraciones psicológicas en busca de lo que pudo escapársele, a la una de la otra, de su respectivo pensar, sentir y hacer; averiguar en qué y por qué en algo no obraron del mismo modo; explicarse sus respectivas impresiones y emociones del día, muy subjetivas, íntimas, cuya existencia no podían adivinarlas ni advertirlas los médicos que las trataron separadamente. Lo más probable es que continuaron comunicándose sus respectivos pensamientos realizando desacostumbrados y agotadores esfuerzos mentales que las producía tremendas tensiones psicológicas y angustias que sus naturalezas debilitadas ya no podían resistir. Y su malestar emocional era mayor, porque así les prohibían hasta el rato que se entretenían leyendo en la cama mirándose y sonriéndose, de vez en cuando, haciendo algún breve comentario o sin hablarse más que con los ojos y mentalmente para volver en seguida — o lentamente hasta extinguirse la emoción de la comunicación telepática — a leer y, en un momento dado, bostezar y decidir ambas dormir, al mismo tiempo, sin pronunciar palabras o dándose sólo las buenas noches, a veces sin hablar, etcétera.

No cabe duda de que al ser separadas por los psiquiatras tan pronto se internaron sufrieron un terrible choque psicológico muy superior, en potencia destructiva, a la resistencia de sus fuerzas físicas, a sus naturales y disminuidas defensas orgánicas o psicósomáticas. Tan débiles eran éstas que no les permitía oponerse, siquiera, al equivocado y perjudicial tratamiento psiquiátrico que recibían. No supieron ni pudieron ayudarse a sí mismas colaborando con sus médicos explicándoles qué les ocurría. Eran víctimas de las propias debilidades que adquirieron. Obedecieron dócilmente, y arrastradas por su misma actitud negativa consintieron, en silencio mortal, recibir el tremendo y aniquilador impacto psicológico. Aun temiéndolo siempre habían estado dispuestas a recibirlo, sin resistirse, prefiriendo perder las vidas antes que verse separadas por cualquier circunstancia. Pero llegó un momento que pidieron ayuda a los psiquiatras con objeto de tratar de salvarse cambiando, hasta cierto punto, de forma de vivir.

Precisamente las conductas anormales de las dos enfermas mentales eran manifestación de las formas equivocadas de vivir sus vidas. Del cambio de éstas dependían los nuevos comportamientos distintos más normales. Pero los especialistas también han de entender que no es igual tratar un mal hábito, por ejemplo, que realizar el tratamiento global de una vida humana, complejísima, pretendiendo cambiarla por otra, totalmente, sabiendo que aquélla todo lo comprende: costumbres y tendencias, buenas y malas, instintos e ideales, fantasías y deseos, pensamientos y sentimientos, buenos y malos, defectos y virtudes, etc., etc. Tratar de cambiárselas a las precitadas mellizas — o a otros semejantes gemelos — procediendo con la seca brusquedad que se trata a un sujeto para desarraigarle uno o más vicios, por arraigados que los tenga, era poner a los pacientes en peligro de muerte, como ha sucedido: les costó la vida.

Betty y Bobbie durante años y más años estuvieron observando cómo vecinos, amigas, compañeros y compañeras de trabajo vivían noviazgos, se casaban, tenían hijos y eran más felices que nunca. Es felicidad que desconocían y que, al fin, deseaban conocer y vivir. Y a los treinta años de edad decidieron arriesgarse a seguir el tratamiento psiquiátrico que las ayudara a ser personas lo más normales posible. Pero al internarse por vez primera y serles impuesta, inmediatamente la separación intuimos que se sintieron morir e instintivamente prefirieron abandonar el hospital sin explicar qué les sucedía creyendo que no las comprenderían ni creerían la explicación de lo que sentían. Y si al respecto algo dijeron a los psiquiatras convinieron, posiblemente, con las pacientes, que era un mal estar pasajero provocado al separarlas — siendo tan inseparables — que pronto les pasaría. A este hecho o dato psicológico no le dieron, seguramente, toda la importancia fundamental que tenía, y permitieron que volvieran a su casa hasta que se les pasara y se sintieran mejor. Pocos meses después se armaron de valor y retornaron dispuestas a resistirlo todo hasta curarse. Se internaron y sucumbieron, como dijimos, a los pocos días.

Casos tan excepcionales más nos sorprenden a los profanos que a los científicos, pero a todos ha de hacernos reflexionar y estudiar qué métodos psicoterapéuticos y psicopedagógicos deben adoptarse para evitar sorpresas tan desagradables y tristes que los médicos sienten más que nadie que ocurren, porque quisieran ganar todas las batallas por la salud física y mental, y las vidas de sus semejantes. No todos los casos pueden ser salvados por los médicos, pero bastante es que todas las experiencias adversas sean lecciones que beneficien a otros muchos congéneres. Y pensar siempre que la imaginación con saber son grandes y eficientes colaboradores de las ciencias, particularmente de la Psicología y de la Psiquiatría.

No pudiendo definir la mente ni una cualquiera de las enfermedades mentales, con exactitud matemática, quedando tanto por conocer de aquélla, para evitar terribles errores es preciso obrar con sabia prudencia científica-humana. Y ésta aconseja

permitir a los pacientes vivan como estaban acostumbrados a vivir para iniciar las investigaciones y conocerlos mejor, sin perturbarlos. Por eso consideramos que hasta con respecto al descanso nocturno de Betty y Bobbie se hizo lo contrario que debió hacerse. ¿Por qué no admitir que dos personas — a más — ocupen un mismo dormitorio, como estaban acostumbradas, o estén, al menos, en la misma sala de un hospital con camas individuales separadas por una mesita de noche u otro mueble considerado necesario?

Obrar del modo precitado era una necesidad en el caso de las gemelas: lo reclamaba su delicado estado de salud emocional y sus conductas tan vinculadas a la totalidad de sus existencias enfermas que rechazaban ser separadas. El personal médico que gozara de su mayor confianza y simpatía podía, con la naturalidad propia de la sincera amistad — establecida previamente en las relaciones diurnas — penetrar en el dormitorio de las enfermas mentales con su permiso, unas veces y por cualquier pretexto otras, y alternar en sus conversaciones, amenas e instructivas, o simplemente divertidas, según aconsejaran las circunstancias y el estado de ánimo de aquéllas y se irían alargando, día a día, a petición, consciente o inconscientemente, de las mismas pacientes. Sería, a nuestro entender, un excelente modo de colaborar a desarraigar hábitos que las enfermaban, y contraer otros más sanos que los sustituyeran compartidos con el mundo sensible al fin que las rodeaba. Y estas pláticas familiares, de alcoba, fijando las últimas impresiones y emociones del día — distintas a las que estaban acostumbradas — con fines psicoterapéuticos terminárlas, oportunamente, con naturalidad, aconsejándolas dormir, por su bien, con la ternura, la comprensión y la familiaridad que se trata a seres queridos.

No sería difícil convencer a las pacientes que así obraran hasta haciéndolas reír, más de una vez, diciendo, por ejemplo, que al fin y al cabo el sueño también nos separa de la persona o de los seres que queremos que más cerca tengamos, pero al despertar por la mañana nos parece que sólo hace un instante que de los mismos nos separamos. Manifestarles, bromeando, que por eso no tiene importancia que para el acto de dormir dos o más personas ocupen el mismo dormitorio; que lo conveniente es, pues, conciliar el sueño, tranquilamente, sin preocupaciones perturbadoras para que, realmente parezca breve la noche, como transcurrida en un segundo de tiempo, no interminable al pasarla casi desvelados o durmiendo poco y mal. Y hablar de lo bien y a gusto que, descansados cuerpos y «psiquis», disfrutamos, al otro día, la compañía de los que amamos.

Empezando el tratamiento de éste y mil modos más, en todos los aspectos de la vida cotidiana, considerados convenientes por los psiquiatras, se contribuiría, grandemente, a la recuperación de la salud mental. Al pasar unos días, o unas semanas, sin prisas, tratándose de casos más o menos pare-

cidos a los de las enfermas mentales que comentamos, podría insinuárseles que, por propia voluntad, decidieran pasar equis noches en dormitorios diferentes o en salas distintas con el solo objeto de que, como un juego, ellas mismas comprobaran si progresaban en su curación. Este juego posiblemente tendría que repetirse muchas veces. Pero se las continuaría animando a repetir los intentos a experiencias de separación, por cortas que fuesen, hasta que consiguieran suficiente fuerza de voluntad para realizar separaciones más o menos largas y llegaran a sentir, las mismas impacientes, que podrían hacerlas permanentes. Cuando esto sintieran y comprendieran estarían curadas o en vías de curarse completamente.

A las precitadas enfermas mentales las destruyeron, repetimos, sus propias fuerzas psíquicas por no haber recibido el tratamiento psiquiátrico adecuado. Sufriendo ambas severas psicosis, separadas en el momento crítico de sus desequilibrios emocionales rebasaron el límite de resistencia de sus energías conscientes y psicomáticas, y estando acostadas en salas distintas, como afirman los médicos que las asistieron, sus vidas se extinguieron simultáneamente. Lo que ha sorprendido es cómo fallaron. Una no podía vivir sin la otra hermana, y la más fuerte siguió, desde el lecho, mentalmente, el ritmo mental de la más débil..., hasta el último latido y suspiro. Durante los años que vivieron siguieron el mismo camino, deseándose la misma suerte, y la misma sufrieron terminando sus días cuando quisieron, al contrario de otros enfermos mentales que deciden salvarse a sí mismos.

Betty Jo Eller y Bobbie Jean no llegaron a intuir y comprender cuán graves eran sus males y el gran peligro que corrían. Menos podían imaginar los médicos que lo corrieran en tan extremo grado. Angustiadas, tratando de rehacer sus vidas independizando su respectivo pensar y sentir, obedecieron en todo a los psiquiatras aun sintiéndose morir, sin darse cuenta de que nadie mejor que ellas mismas podían saber cuál era su real estado físico-mental. En parte callaban detenidas por la misma tendencia que habían formado de supeditación de la voluntad de la una a la otra que era tanto como estar casi sin voluntad alguna.

Como náufragos viendo la tierra lejana sin saber nadar, considerando su única esperanza continuar abrazados angustiosamente al madero o al salvavidas sin decidirse a manotear en dirección al lugar de segura salvación, para acortar la distancia y aumentar las posibilidades de ser descubiertos y ayudados por otros semejantes, así Betty y Bobbie confiaron en el hospital quedando a merced de la suerte, paralizadas por lo imprevisto, sin voluntad, sin animarse a sobrevivir, la una a la otra, sin realizar, por su cuenta, ni un movimiento que alertara al equipo salvador que estaba a la vista dispuesto a intervenir y salvarlas: los psiquiatras.

(Continuará.)

FLOREAL OCANA

OPINIONES DE SAMBLANCAT

sobre : Cueca peruana

MASACRE de campesinos en Antopongo (Perú) con motivo de una huelga. Coincide esa salvajada con el arribo de una misiva que me escriben de Cuzco, y en que un amigo, bien informado, me hace saber que la causa de la Revolución española cuenta con pocos adictos en la Ciudad de los Reyes, léase Lima.

No me extraña esto último. La patria de Santa Rosa quizá sea una de las termiteras de la mitad inferior del Hemisferio, en que más raigalmente sobrevive y en que más arrecho se mantiene el vasallaje colonial y virreinal. A pesar del pote y el postín que ella se da, con su Estudio Mayor o Universidad de San Marcos, se ve que el espíritu del aprismo y del santo evangelista del León, la han rozado apenas a flor de piel.

¡La Lima del Virreinato! ¡El Perú de la Colonia! Los extremeños amamantados con leche de puerca más chúcara, fueron los que cayeron como un pedrisco sobre el imperio inca. Y he ahí porqué las huellas de su barbarie, dejadas en ese bizcocho andino, resultan tan difíciles de borrar.

La hacienda rural peruana ha sido en todos los tiempos uno de los Gólgotas, en que el Verbo divino hecho hombre de pena, ha sufrido befas más atroces. No sabemos si, como el rancho mexicano, la chacra argentina y el cortijo andaluz ha evolucionado el ejido peruano hacia un « New Deal », en que la vida no desemboque en un estertor agónico continuo para el jornalero y para el peón.

Hace como quien dice cuatro días no mas, la granja peruana era un rompecabezas que se resolvía en un estercolero humeante, en que el guano de la terrible pira lo constituían los esclavos.

Los había de color café, de color de chocolate, de color de ron, de color de camote cocho, de todos los entrecolores del iris. El boniato, la batata y el cacaholillo con tres gotas de leche, figuraban entre los más abundantes.

La promiscuidad anticrista en que vivía ese ganado, saca chispas al pelo. Porque era un pueblo hasta de más de mil muertas almas, el que abrigaban los galpones de cada explotación.

Nadie sabía allí quién engendrara a quién. No faltaban evidencias, como la de que toda primicia femenina caía bajo la guadaña del patrón. Y como la de los primogénitos, nacidos de madrecitas de 12 y 13 años, eran todos consanguíneos y frutos ciertos y notariales del que hacía de Padre Eterno y de sultán de la Persia en aquel paraíso de Mahoma.

Los segundogénitos se podían repartir sin temor a errar y sin hacerse acreedor a la tierra, entre manijeros y operadores por partes iguales. Y la gusanera y la lluvia de sapitos que venían después, eran carne del delirio, que trababa de noche en los

pajares a aquella hormigación, en coitos retorsos y chascantes de langosta de mar.

Ningún señor territorial sabía bastantes matemáticas para contar la prole que razonablemente debía atribuirsele.

El régimen de trabajo en aquellos inimaginables picaderos, pertenecía sencillamente a los de tipo penitenciario y penal. Numerosos braceros iban durante años al surco con el grillete y hasta con grillos en los pies. Había parejas de un mismo sexo, que no se podían separar en toda la vida, porque las dos unidades de ellas estaban atadas a cada una de las puntas de una cadena no muy larga.

La finca tenía cárcel propia, con cepos fijos a la pared, en que se metía a los discolos de cabeza. El látigo no cesaba de restallar tarde y mañana. Y la flagelación hasta la sangre estaba a la orden del día. Era un milagro la jornada, en que no se le despedazaban las nalgas a trallazos a algún cimarrón. Generalmente se le dejaba morir sobre el excremento de las tripas abiertas a bejucazos. Si por su rendibilidad interesaba curarle, se verificaba eso con orines.

Se hacía charqui o tajadas el trasero a cordonzos hasta a las inditas impúberes que defendían su pudor. El castigo de aplastarles los senos uno contra otro hasta reventárselos y dejarles colgando del pecho dos banderas o piltrafas sanguinolentas, no era de los menos infligidos. Las mayordomas, como las patricias romanas, daban las órdenes a la servidumbre a golpe de estilete. Yendo las agredidas casi completamente desnudas, el puñal entraba en la carne como en una rueda de descortezado gruyere.

El cura de la hacienda tomaba parte en estos piosos ejercicios de San Ignacio. Hermanos todos en Dios, bendecía el Padre aquella orgía de incestos, estupro, violaciones, sevicias, carnificios, etc. Si la coronilla se transmitiese, como las pecas y las verrugas muchos chiquillos habrían nacido con una peseta en el tozuelo.



Las parábolas cínicas

LA LAMPARA

=M

MAESTRO, dijo Eúbulo, ¿qué mal ves tú en que —cual un cojo sosteniendo sus pasos con sus muletas— mi enfermedad apoye sus pobres gestos en las opiniones que tengo de los dioses? ¿Es qué no es tal cosa, al contrario, un medio para dar a mi vida unidad, nobleza y poesía?

— Las muletas de los cojos, dijo Psicodorro, no están hechas con neblina o con palabras de sacerdotes.

Y añadió después de un silencio:

— Hablas, hijo mío, de una locura peligrosa, de una locura que yo llamo a veces, en el secreto de mi espíritu, la doble ceguera y la doble caída. Pues el sabio evita, con una prudencia igual, la afirmación en el ensueño y la vacilación en la conducta.

Y como venían muchos discípulos, dijo el viejo filósofo:

— Escuchad una parábola:

**

Prendida estaba una lámpara encima de una mesa. Alrededor de la agitada luz de la lámpara tres hombres sentados hablaban juntos.

El primero de ellos, que era un sacerdote, decía:

— Existen las tinieblas y existe la luz. Como hay la verdad y hay el error. Lo que no es luz y verdad es necesariamente tiniebla y error. De lo que se deduce que todo hombre que no es griego es bárbaro y precisas son las fronteras que rodean a la razón y a Grecia.

A lo cual replicó el segundo de aquellos hombres, que se llamaba Diógenes y venía de Sinopo:

— Las fronteras son imaginaciones humanas. En realidad, hay entre las cosas transiciones insensibles, o mejor dicho, todas las cosas no son más que transiciones. Las distinciones groseras que hacemos siempre tienen límites convencionales y arbitrarios, aunque varias son necesarias para que puedas hablar o puedas accionar. La palabra y el gesto transforman en discontinuo lo que es continuo. Precisa que conozcas estas cosas para no embriagarte con tu pensamiento como un adivino o para no irritarte como un juez contra el pensamiento del prójimo. Pero precisa que a medias las olvides cuando hablas y que las olvides tres cuartas partes cuando accionas; de lo contrario te arriesgarías en volverte mudo o paralítico.

Y prosiguió:

— Fijate mejor en lo que asciende de la lámpara. Entre la sombra y la luz flota un círculo de incertidumbre, al cual no llamarás ni sombra ni luz, sino penumbra. Y esta región no es en todas partes la misma, pues aquí es casi como la noche y allí es casi claridad. Y la danza luminosa no es tampoco uniformemente viva, ni la inmovilidad de

la noche uniformemente espesa y pesada. Y nadie, ni siquiera un dios, podría decir el punto preciso en donde la luz se vuelve penumbra, ni el punto preciso en donde la penumbra se vuelve tiniebla.

El que aún no había hablado hizo notar:

— Así que ni el uno ni el otro podéis determinar en dónde comienzan las tinieblas ni en donde termina la luz. Por consiguiente, lo que es indefinible carece de realidad. Y, cuando pronunciáis «tinieblas» o «luz» solamente habláis de vanas palabras. Pero no olvidéis que el deber del hombre sabio es el de callarse, a menos que no explique a los habladores inútiles el deber de enmudecer.

Los otros dos se reían.

— Una risa, dijo amargamente el sofista, es una respuesta como la que más o menos hicistes, oh, Diógenes, cuando mi maestro Zenón te demostró la imposibilidad de todo movimiento. Tu risa de hoy, oh, Diógenes, y la marcha de ese día son agitaciones de ignorante. Las comparo sin injusticia al atropello y al puñetazo con que un soldado pretendería refutarme.

— ¿Difiere el calor del frío?, le interrogó el cínico.

El discípulo de Zenón dijo burlón:

— Cuando tú puedas, de una línea precisa indicarme los límites, podré ver entre ellos una diferencia.

Al oír esto tomó un dedo Diógenes de aquel hombre y lentamente lo aproximó de la llama. Asombrado el sofista lo dejó hacer sin resistencia. Llegó el instante en que, después de sentir poco calor, este se hizo de más en más vivo, lo que motivó que el dedo sintiera dolor. Entonces la mano retrocedió, huyendo de la quemadura.

Y Diógenes dijo con una sonrisa amable:

— Explicanos el movimiento que acabas de hacer, oh negador de todo movimiento y de todo calor. Luego, por mucho rato, rió de buena gana Diógenes, mientras que el otro decía vanas palabras (1).

HAN RYNER

(Trad. V. M.).

1. — Para los lectores no familiarizados con el helenismo, diremos que: 1) Cínico, significa adepto al cinismo o filosofía de retorno a la naturaleza, cuyo promotor principal fue el Diógenes de Sinopo, al que en esta parábola alude el autor; 2) La figura principal de la sofística para combatirla fue el inmortal Sócrates; 3) Zenón de Citio, a quien alude aquí Ryner, fue el fundador de la doctrina estoica, que tanto auge tuvo antes de la era cristiana, y 4) Que los griegos solían denominar «bárbaros» a todos los europeos, africanos y asiáticos, es decir, a todos los que no habían nacido en su suelo. Con la ayuda de un buen diccionario histórico-biográfico, los lectores harán bien en esclarecer otros vocablos que aparecen en estos hermosos textos de Han Ryner. — V. M.

El individuo y la masa

UNA tesis fundamental del movimiento libertario es ésta: Ningún gobierno es capaz de solucionar el problema social. La emancipación de las masas trabajadoras no puede realizarse más que por la acción directa y libre de ellas mismas, con la ayuda de sus múltiples organismos sociales, creados en el curso de una vasta revolución. Toda aplicación de sistema gubernamental para a ésta, desviándola de su verdadero fin. Todo sistema de gobierno es, pues, reaccionario.

A esto son numerosos los conservadores, liberales, socialistas « comunistas » (autoritarios) que oponen a esta tesis una objeción que se ha hecho clásica. Imposible, dicen, dejar a las masas que actúen por ellas mismas. La tesis libertaria es una teoría peligrosa. Los libertarios se empeñan en no comprender que el individuo es malo; que por su naturaleza misma, el hombre es egoísta, celoso, malo, etc., etc.

Y las masas — este conjunto vago de individuos — poseen los mismos defectos que se han convertido en inmensos por su número.

En apoyo de su tesis por su parte, los libertarios invocan ciertas cualidades de las masas. Exponen pruebas sobre su capacidad, su abnegación, su heroísmo, citando ejemplos concretos, todo lo cual es verdad.

Apoyando su objeción, los contradictores enumeran los defectos de la masa; aportando pruebas sobre su inercia, pereza y bajezas, etc., etc., todo lo cual, es también verdad.

Los dos tienen razón. Generalmente la discusión se para aquí y de esta manera el problema no avanza ningún paso.

Para resolver el problema es necesario proceder de diferente manera que la de una simple exposición de hechos. Es preciso explicar estos hechos.

Que el lector — no importa cual — coja una hoja de papel y un lápiz.

Que divida la hoja de papel de arriba a abajo en dos mitades y que titule la parte de la izquierda: «Buenas acciones», y la parte de la derecha: «Malas acciones».

Recorrerá acto seguido, mentalmente, su vida pasada, desde su más tierna infancia y al detalle, mientras sea posible, escrupulosamente, sinceramente.

Cada vez que el recuerde una mala acción que cometió (o que estuvo a punto de cometer y que ciertas circunstancias se lo impidieron) con el lápiz hará una pequeña señal a la derecha; por cada buena acción, hará esta señal a la izquierda (Naturalmente será su propia conciencia quien juzgará sus buenos o malos actos).

Cuando haya terminado, encontrará, seguramente, varias señales de lápiz en cada lado de la hoja.

Y constatará que en el transcurso de su vida, ha cometido (o estuvo muy cerca de cometer, lo que psicológicamente, significa lo mismo más de una vez, actos condenables, antisociales o antimorales, que pueden haber llegado, incluso hasta el crimen, y que por otra parte, realizó también (o estuvo muy cerca de realizar) en muchas ocasiones, buenas acciones que pudieron llegar hasta el heroísmo. A veces, unas con otras, se seguirán a corta distancia.

La conclusión de esta pequeña experiencia de laboratorio — experiencia fácil para todos asequible y absolutamente infalible — es de una importancia capital para el problema que nos ocupa. He ahí la conclusión.

El individuo no es ni bueno ni malo. Su psicología es de un movimiento constante. Ella es vacilante. Y lo que es necesario distinguir, el diapasón de estas vacilaciones, es muy vasto, por esto ellas pueden ir del crimen al heroísmo y viceversa.

Dado que las masas son un conjunto de individuos, su psicología es la misma. Las masas no son ni buenas ni malas. Sus cualidades y sus acciones, son extremadamente variables y por lo mismo pueden ir del crimen al heroísmo.

Analizando este primer punto, pasaremos ahora al segundo.

Es evidente que si el conjunto de las circunstancias, el ambiente, la atmósfera de la vida en sociedad, favorecen y facilitan los movimientos del alma y los actos buenos, evitando los malos, en tal caso las disposiciones y la acción de los individuos de las masas se dirigirán, cada vez más, hacia el bien. Con la ayuda de la costumbre, las « vacilaciones » hacia el mal disminuirán, se harán más difíciles e incluso pueden cesar totalmente. En el caso contrario, el resultado será, naturalmente, opuesto.

Establecidos estos dos puntos básicos, constatemos ahora, un hecho.

A través de muchos milenios, todo el ambiente, toda la atmósfera sociales son de tal forma que ellas favorecen y facilitan más bien, las malas acciones, los movimientos de egoísmo, de competencia, de celosía, etc., etc., impidiendo y hasta prohibiendo casi toda acción humana, justa, noble fraternal.

A nadie puede sorprender, pues, que se produzcan estos actos antisociales, antimorales, antihumanos, que ellos se hagan frecuentes y que como consecuencia, los individuos se conduzcan mal. Lo que más debía de sorprendernos es que existan aún hombres fundamentalmente buenos, humanos, justos y fraternales en sus actos y que las mismas masas realicen a menudo hechos distinguidos, haciendo prueba de grandes capacidades sociales, de abnegación y de heroísmo.

Nosotros, pues, llegamos a esta conclusión y constatación esencial:

Por su naturaleza misma el hombre, en general,

no es, pues, ni bueno ni malo. Por su naturaleza es inestable, vacilante. Con igual predisposición para el mal que para el bien (con ligeras preferencias individuales por el uno o por el otro). Que se incline por el bien o por el mal, depende de los impulsos y de los elementos que concurren influyentes sobre la psicología vacilante.

EL HOMBRE Y EL AMBIENTE

En nuestro presente estudio estableceremos tres puntos esenciales:

1. — El individuo y la masa no son ni « buenos » ni « malos »; su psicología y su comportamiento son « vacilantes ».

2. — Si el ambiente favorece y facilita los movimientos hacia el « bien », el individuo y las masas se sienten inclinados, naturalmente, a conducirse « bien ». Si, por el contrario, el medio favorece las inclinaciones por el « mal », los individuos y las masas se prestan a él simplemente.

3. — Desde hace muchos siglos, el ambiente social en donde el hombre nace y vive, favorece y facilita los movimientos hacia el mal, estorbando e impidiendo, incluso prohibiendo, que éstos tiendan al bien.

Resulta pues, natural y normal, que en nuestros días y ante el ambiente semejante, los individuos y las masas se conduzcan por lo general mal.

Generalmente se opone a esta tesis una objeción — que se ha hecho clásica — que se expresa como sigue :

Los hombres son los que crean el ambiente, el medio. Si éste es malo porque los individuos y las masas que la han creado, lo son a su vez.

Y es así como se llega a la misma tesis de que el individuo es malo.

Y a ello se añade esta reflexión : En tanto que los hombres no hayan cambiado, el ambiente no cambiará tampoco.

Y, además, esta otra deducción : Primero, hay que cambiar y educar al hombre, al individuo. Sólo entonces el medio cambiará.

Todas estas reflexiones, objeciones y deducciones, podrían ser exactas si realmente fuera el hombre quien creara el ambiente, ¿pero es que esto es así?

No. Es un error creer que « los hombres crean el ambiente ». Esta tesis es falsa. Ella sería verdadera si el medio fuese el resultado de una actividad creatriz libre y consciente de los individuos y de las masas. Naturalmente, la humanidad dentro de su evolución se encuentra aún lejos de este estado. (Cuando ella llegue ahí los hombres podrán crear entonces el ambiente).

La realidad actual es bien diferente.

« El individuo es malo y el medio depende de él », dicen los unos. Se equivocan, puesto que como antes hemos visto, la psicología del individuo es « vacilante ».

« El medio es malo y el hombre depende del medio », afirman otros. También éstos se equivocan. Hemos precisado antes que el ambiente influye sobre el hombre « dentro de una cierta medida, nada

más », empujándolo ya sea hacia el bien, como hacia el mal.

« El hombre y el medio son malos »; « ellos se influyen recíprocamente », piensan algunos.

Pero en este caso, ¿es pues, que el hombre y el medio no podrían cambiar? De lo contrario, ¿qué se necesita y qué es lo que podemos cambiar antes, el hombre o el medio?

¿En qué medida depende el uno del otro?

El problema se complica y amenaza entrar en un círculo vicioso sin salida posible. Todo esto, dándose el caso, naturalmente, de que la argumentación de los unos y de los otros, es superficial y no llega hasta el fondo de la cuestión.

Dentro de la realidad actual, el ambiente social no es el hombre quien lo crea. En cada momento dado de la historia, este ambiente es el resultado de dos factores mundamentales muy diferentes, incluso opuestos que cada uno por sí, influyen obligatoriamente, decisivamente y simultáneamente sobre el hombre, determinando su estado de evolución, de civilización y de cultura; su forma de acción, su comportamiento, en una palabra, todo su « *modus vivendi* ». Estos son dos factores que por su acción combinada, conducen al hombre y al ambiente hacia tal o cual modo de existencia.

EL JUEGO DE LOS FACTORES Y EL COMPORTAMIENTO HUMANO

Hemos dicho: Por una parte el hombre es tal. Sobre todo, al comienzo, un animal, y se conduce como todo animal: ignora la posesión de las fuerzas de la naturaleza. Por otra parte, gracias a su espíritu de inventor y creador, el hombre se separa del animal, evoluciona hacia un ser superior, descubre, domina y utiliza, progresivamente, las formidables fuerzas de la naturaleza, adquiriendo poco a poco, un poder extraordinario de realizaciones creadoras.

Tales son los factores fundamentales cuya relación y mutua acción determinan en todo momento de la historia, la conducta real del individuo, de las masas, del medio y de la sociedad.

¿Cuáles son, concretamente, estas relaciones y acción mutua? ¿Y cuáles son, precisamente, sus repercusiones sobre el « *modus vivendi* » y la actitud de los hombres? « Las unas y los otros — relación, interacción y repercusiones — varían y se modifican en el curso de toda esta inmensa evolución. »

Al empezar es la no-posesión de las fuerzas naturales (primer factor) lo que prima por encima de todo. Ello impide al hombre toda posibilidad de realizaciones inmediatas, de aplicaciones vastas y concretas de sus capacidades creadoras y organizadoras. Es ella quien los mantiene a un rango primitivo, animal, a un estado « salvaje ». Lo mismo que no importa qué animal, el hombre, ante todo debe nutrirse, ponerse al abrigo de la intemperie, etc. La naturaleza es su enemiga; él se encuentra en lucha constante contra ella. Esta lucha es más severa y dura, habida cuenta de que el hombre se encuentra desfavorecido con relación a los otros

animales. (Esta particularidad sola, merecía un estudio; ella es muy curiosa y sugestiva; es como si en la intención de la Naturaleza estuviera la intención de favorecer al esfuerzo mental del hombre, darle este impulso a su deseo espiritual, privándole de estos medios comunes a todos los otros animales. En realidad, lo complejo y el refinamiento de su organización física impuestas por su grado de evolución dentro de la escala animal, corriendo parejo con su evolución física, excluyendo la vulgaridad primitiva de un mecanismo casi puramente reflejo e instintivo, y predispone, « ipso facto » a una actividad intensa y a una evolución cerebrales).

Vemos pues, que al principio, el hombre vive y se mueve como cualquier otro animal. Pero mientras que éste último se limita, más o menos, a asegurar su pitanza, guareciéndose y conservándose, sin jamás llegar más lejos, el hombre, gracias a su espíritu inventivo y creador (segundo factor) no se queda sobre este estrado: Busca, primero instintivamente y más tarde, de más en más, conscientemente, a poseer la Naturaleza, a desembarazarse de su « dictadura », llegando a dominar las fuerzas naturales y sirviéndose de ellas.

Sin cesar el hombre obra en este sentido: utiliza el fuego; empieza a domesticar y criar animales; inventa las primeras armas; concibe la rueda y otros aparatos útiles e instrumentos; descubre y desarrolla la agricultura.

Poco a poco, el hombre extiende el círculo de sus descubrimientos a invenciones cuya importancia será capital para toda su evolución futura.

Al mismo tiempo se « organiza », se agrupa con otros de sus semejantes y constituye toda clase de colectividad.

Es así como empieza su evolución ascendente y, por otra parte « ipso facto », su conquista de la naturaleza.

Es así como desde el principio, el hombre se esfuerza en romper su rango primitivo y evolucionar.

Mientras tanto esta evolución es infinitamente más complicada — atormentada, diríamos mejor — de lo que se podría suponer.

Y es que como consecuencia — y durante mucho tiempo — la no posesión de las grandes fuerzas naturales (primer factor) dificulta, molesta, desvía, deforma y falsea esta evolución vertical del hombre.

Durante mucho tiempo este primer factor se antepone, oprime — incluso a veces podríamos decir que suprime — la acción y los efectos del segundo: deseo o impulso positivo humano, creador, positivo.

Y poco a poco esta no posesión entraña para el individuo, para la masa humana, para el medio y para las colectividades, toda una serie de fenómenos negativos cuyo efecto es determinante y de los cuales las repercusiones y las consecuencias innumerables son nefastas.

Así empieza la tragedia humana.

EL JUEGO DE LOS DOS FACTORES Y SUS EFECTOS

Contrariamente a los animales y en perfecto acuerdo con su anatomía y sobre todo con su psi-

cología, el hombre no se para con la satisfacción de sus primeras necesidades. Estas evolucionan con él mismo: ellas se multiplican, se complican y crecen sin cesar.

Así, durante miles y miles de años, la intervención muy insuficiente sobre las fuerzas de la naturaleza (primer factor) no permite a las colectividades humanas de sacar, de ésta, todo aquello de que ellas necesitan. Todo esto teniendo en cuenta que la población aumenta también sin cesar.

Se vive de lo que la tierra virgen puede procurar.

A la larga y a pesar de todos los esfuerzos colectivos, el suelo se cansa, los animales desaparecen, y otras riquezas locales se agotan: Es el hambre en perspectiva la amenaza de desaparición de la colectividad.

Es necesario encontrar una solución. Esta se consigue; el campamento se levanta, se abandona el sitio que se ha hecho inhospitalario y se marcha al encuentro de otros terrenos más fértiles y más acogedores.

Es así como las primeras sociedades humanas son errantes. Durante largo tiempo el hombre no puede fijarse en un mismo sitio; está obligado a cambiar de sitio. Es un nómada.

Continuamente y en todos los sentidos, grupos humanos más o menos importantes — tribus, a veces pueblos importantes — marchan a través de la tierra en busca de nuevos espacios vitales.

En estas peregrinaciones, las colectividades errantes chocan las unas con las otras y luchan entre ellas por la posesión de un terreno fértil; a menudo se atacan a aquéllas que ya están instaladas.

De ahí la causa principal de las guerras. Las antiguas guerras son consecuencia sobre todo de la lucha entre colectividades por terrenos para explotar.

La guerra engendra fatalmente una multitud de fenómenos desastrosos.

Ante todo, ella exige un mando único, personal, firme; una dictadura. Es el nacimiento de un jefe, de una autoridad absoluta, implacable e incontestable. Ella reemplaza los consejos de viejos de los tiempos de paz.

Al mismo tiempo la guerra crea una fuerza armada al servicio de un jefe. Así nace la violencia armada.

Al comienzo, una vez la guerra terminada, el jefe y la tropa deponen las armas, se despojan de sus poderes y vuelven a la colectividad como simples conciudadanos.

Pero muy naturalmente y muy pronto algunos jefes se ven tentados por la seductora idea de conservar su poder después de la guerra en tiempo de paz porque la situación del jefe es envidiable. Un jefe puede ponerse al abrigo de las penas y del trabajo penoso de la multitud. El puede gozar tranquilamente de ciertos privilegios y riquezas que se procuró con la guerra.

El encuentra fácilmente el medio de conseguir sus fines. En primer lugar dispone de la fuerza armada. Los hombres han hecho la guerra con él, consiguiendo también algunos provechos. Son com-

pañeros y ellos están entregados en cuerpo y alma a su jefe, quien puede contar con éstos. Ellos no ven ningún inconveniente en sostenerlo para sus proyectos, al contrario ya que este sostenimiento será, seguramente, bien recompensado.

Y el jefe puede obtener el concurso precioso de otro elemento. Los magos, los sacerdotes explicarán al pueblo «que los dioses han revelado al jefe su voluntad; por la salud de la colectividad para poder proteger ésta contra eventuales enemigos, este jefe victorioso debe continuarlos después de la guerra y velar por la seguridad común». Creyente y supersticioso el pueblo acepta la reforma. En fin por una u otra razón el jefe guerrero se impone como jefe eterno. Esto es el nacimiento de la autoridad permanente y más tarde hereditaria. El futuro «monarca», el futuro rey no son otra cosa que los jefes primitivos evolucionados.

Poco a poco los elementos que sostienen activamente al jefe, se convierten en privilegiados definitivos y hereditarios social y económicamente.

Dentro de estas diferencias históricas (prioridad del primer factor) no es muy difícil justificar y realzar — a lo sumo imponer — todas estas modificaciones, a pesar de una resistencia a veces larga y vigorosa del pueblo; resistencia cuyos ejemplos son numerosos en la antigüedad, en la edad media, y más acá, constituyendo también las revoluciones

posteriores manifestaciones deslumbradoras. Por otra parte, por las mismas razones (inseguridad, insuficiencia de bienes, psicología primitiva, efectos del primer factor) los simples mortales tienen individualmente las mismas preocupaciones, intereses y deseos que los privilegiados. Y, en ciertos pueblos, las riquezas se crean y se acumulan también, aparte de las guerras y de los jefes, o simultáneamente. Algunas de estas variaciones de detalles — nada es absoluto — no cambia en nada el fondo de los fenómenos.

Así nace la propiedad; primero la del suelo y ciertos productos y objetos preciosos; más tarde la del dinero. Y el dinero es sobre todo acumulable. Por consiguiente se transformará en poder «en sí». La riqueza se impondrá sobre la nobleza.

La continuación, hasta nuestros días, es el desenvolvimiento lógico y natural de todos estos fenómenos, cuyo verdadero origen es la no posesión de las fuerzas de la naturaleza (primer factor) con sus resultados inmediatos: la insuficiencia de medios de existencia y la lucha feroz por la vida. Notaremos de paso que la ayuda mutua, con todo y existir entre los animales y los hombres no llega a contrarrestar eficazmente los efectos del primer factor y de los fenómenos que tratamos.

VOLINE



EL UNIVERSO DE ALAIZ⁽¹⁾

III

CUAL cirujano de una estética de la vida, como diría Gérard de Lacaze, Alaiz corta, raja, destripa, separa, estruje, analiza glándulas morales, que son las únicas que cuenta en la condición humana, y con los resultados arroja el cuerpo a la vindicta pública. «Sobre todo, na de tapujos». Dira mierda a la mierda aunque la cague Dios. La España oficial hizo del 2 de Mayo un símbolo de algo artificialmente honrado como es la «independencia nacional». Felipe no se andó por las ramas. «Para batirse con los lobos de Napoleón hacía falta ser obediente a los lobos con faja española que no se batían con nadie.» La batalla de Bailén la ganó el vino, que fue la quinta columna de las tropas españolas. «Los franceses habían bebido más que comido». Ello explica todo lo demás.

En los militares ve al avechicho, no al vestido. Es decir, puede el militar vestir con azul de labradores e ir en alpargatas, Alaiz no le perdona su alma militar «por demás perniciosas». A Víctor Balaguer no le perdonó jamás sus «Jornadas de gloria» con las que los matarifes de tocinos humanos se pavoneaban. Gracias a los individuos como Balaguer, a la «servil musa popular», a los pavos citados, a los alcaldes de barrio, al obispo y a la Sociedad Carnavalesca del Borne, de todos los Borne y de todos los tiempos, en España puede decirse que «todo el año es Carnaval». Símbolo de éste, la bandera, sin distinción de color. Aquí se une a Samblancat que sobre las banderas, dijo: buenas sólo para echarlas al estercolero.

Estaba tan profundamente enfrascado contra el espíritu militar de los fanfarrones y matones «de calle, puerto y monte», que no vacilamos en ofrecer integro el siguiente párrafo, que se basta por sí solo:

«El romanticismo popular no era el libro ni el salón, como tampoco el jardín recortado, sino la estepa, la guerrilla, la vida hermética de los poblados perdidos entre caminos vecinales, el individualismo tozudo pero no razonador y matizado, el individualismo sin individualidad. Los guerrilleros de manta y trabuco salían a los caminos haciendo la señal de la cruz. A veces las cuadrillas eran apostólicas, como en Levante la de Jaime el Barbudo, indultada por influencia episcopal y adscrito al clero para matar a los liberales. Otras veces tenían aquellas cuadrillas el favor miedoso de algún cacique como la cuadrilla de Cucaracha, en Aragón, tenía el favor del cacique Bastarás de Lanaja. Pero a veces los guerrilleros de manta y trabuco eran románticos apolíticos y galantes. Galantes con ese sentido de gallo que sólo cree en la galantería de majeza y aspira mucho más a

mandar que a adquirir probando que la autoridad sugestiona antes que las onzas y las joyas.» Eso eran los bandidos: servilismo... o autoridad, las dos características más genuinas de la animalidad o estado animal del hombre, anteriores a la del dinero y más nocivas que éste con todo lo nocivo que es.

Otro síntoma de pavoneamiento era para Alaiz cierto porte de barba. De un orador barbudo decía: «Cuando hablaba en público, el éxito era seguro. Tenían los discursos ingredientes determinados, como son: exordio, peroración, réplica, exclamación... Pero el ingrediente de efecto era la barba certera y mitinera.»

Se deduce que, por carambola, Alaiz visaba con sus cañonazos al populacho ensimismado y crédulo más que al propio individuo-granuja con barba de macho cabrío.

El porte de la barba con fines puramente efec-tistas era objeto de meditado estudio, estudio que nuestro compañero explica: «En el exordio se la sostenía relativamente quieta en forma de abanico. Al llegar a la peroración aparecía la barba cuadrada, asiria, dialéctica y ligeramente bailable. Cuando ascendía el apóstol a la réplica, su barba adquiría cierto vigor frenético: buscaba un contradictor lejano y la barba florecía milagrosamente; cada apóstrofe hacía desarrollar un mechón; ya no era un abanico ni un cuadrado aquel aparato de hacer discursos; era arbusto con ramaje espeso y amenazador. El verdadero prodigio acaecía luego al disparar el apóstol las exclamaciones de rigor y convertir su barba en central eléctrica.»

Con ésta, dice, «el auditorio quedaba electrocutado de entusiasmo». Electrocutado, he ahí un estado de alma en el que se dejan a las multitudes después de los discursos. Estadó que el hombre debe analizar para conocer su exacta medida, su alcance y sus consecuencias.

Un buen día, el apóstol arrió la barba y se quedó solo. Que hasta ahí llega el gustazo escénico de las muchedumbres.

Amaba mucho a Bartrina «porque analizaba por ejercicio, no por inquina». Como analiza el propio Alaiz que, aun a pesar de su lenguaje «formal y no formalizado», nunca apuntó en él el rencor, la envidia ni el odio. Estos defectos son siempre propiedad de los corazones ruines y el de nuestro albalateño era noble y generoso. Cita de él su silogismo como un canto humano que adquiere carácter de ley natural.

Amaba también a Bécquer por el vuelo de inmensa libertad que despliega cuando afirma que «Volverán las oscuras golondrinas». Algunos prisioneros de los escapados de España franquista relatan

(1) Ver CENIT, 146 y 147.

que frente a Falange en los peores días de degüello (año 1939), los presos, y sobre todo las presas, recitaban el poema de Bécquer por darse el gusto de gritar ¡Volverán!. Pero Alaiz estima a Bécquer porque con sus golondrinas se opone a las cotorras de otros. Hace decir a uno de sus protagonistas: «Para cotorras ya tengo a mis dos cuñadas.» Mas no le perdona al poeta sevillano su ñoñez absurda cuando apela a la sensiblería imbécil a verter lágrimas sobre su tumba:

Cuando la campana suene,
Si suena en mi funeral,
Una oración al oírla
¿Quién murmurará?
Sobre la olvidada fosa
!Quién vendrá a llorar?

Con lo que Alaiz sienta plaza de existencialista sin que comulgue con ciertas teorías en boga hoy día. Lo hace por entereza, por integridad del vivir, porque serena pase la vida, porque... más allá de la tumba ni para la indiferencia hay plaza.

¿Por qué está contra Benavente? Porque éste contribuyó como el que más para que actores y espectadores se acostumbraran a cierta «pedantería sentimental».

Esta puede expresarse en el beso. El beso hipócrita. Cuando no es hipócrita es sensual, lujuria, suciedad. Dice de Bartrina: «¿Que por qué no te echo flores después que me has dado un beso?, ¡pues, por eso! Y agrega Alaiz: «Vital imprecación delicada contra el tragón latino, siempre un poco canino».

Quien ha dicho que Alaiz ha contribuido a hacer de los españoles un «monumento de imposibles» es un difamador. Es cierto que marca una pauta, la marca y la sigue; es cierto que es riguroso en sus concepciones, pero Alaiz no ha jugado nunca con la muerte ni ha sido nunca un mata-sietes. En mil ocasiones sus protagonistas se codean con el golpe fraticida, pero se paran muy cueradamente «in-extremis». Ahí tenemos en «Quinet» el caso de Bayona. Disputado y perseguido tiene ocasión de hacer desaparecer al amo. No lo hace, se conforma con echarlo al agua. «Bebe un trago, mal apero, usurero, ladrón». Pero la ceguera era profunda y el tío se ahogaba. Un remojón, bueno. Pero nada más. Bayona se echa al agua para sacarlo y lo salva. Y con ello Alaiz logra, además, colocar un poco de su buen humor cuando ante el juez el obrero, acusado por el tío a punto de fenecer, replica: «Señor juez, es lo contrario: yo lo tuve que salvar.»

Gente biliosa, dice, y escribe por ahí no sé qué maldiciones e improperios menospreciando las modestas bibliotecas que posee en su casa el libertario español desterrado. Alaiz también opinó sobre los libros y las bibliotecas, pero lo hizo con altura, con cordura y con talento de pedagogo y obrero. Lo dice en «Quinet» y da una fórmula: «Su biblioteca guardaba lo mejor de lo último y lo bueno de todos los siglos.»



Honor, al estudio y al trabajo. Honores, a nadie. A Blasco Ibáñez, a quien había leído con profundo respeto, le reprochaba muy cordialmente el que «nunca quiso fijarse en los talleres». Su adhesión a Blasco Ibáñez queda sellada cuando analizando a Pardo Bazán, dice: «Algunos lobeznos de Coria, como Cánovas y Castelar, eran sus contertulios, pero la escritora prefería a estos lobeznos deteriorados por la política el rugido de un tigre de Bengala como Blasco Ibáñez, que se batía cada semana y a las pocas horas parecía tan campechano como un dulzainero si se reía de los partidos.»

Con ello el reproche dirigido al autor valenciano no obedecía más que a la falta de espíritu obrerista en las obras de éste.

Admiraba la obra de Bretón de los Herreros, por su gracejo, por su casticismo típicamente castellano, pero le reprochó con severidad su sumisión al marqués de Molins, al que adulaba Bretón, como reprochaba a Sagasta ser adicto a Cristina de Habsburgo.

No ha habido en Alaiz análisis platónico, no ha conocido ni ha tenido ocasión de «matar el tiempo». Anidaba en él, junto a una recia personalidad innata, una cordura social formada y en formación. A los pensadores, a los escritores, a los políticos, a los líderes y a los encargados de una función cualquiera de sociedad, fuera la que fuere, desde la puramente obrerista y sindical a la religiosa y metafísica, les reprochaba su falta de entereza, sus «debilidades». «Dio Riego el grito constitucional en 1820 en Cabezas de San Juan, pero el liberalismo conceptista se sometió a Fernando después candorosamente.»

Hace de ello 140 años. Viendo el panorama presente de la política española, uno no puede por menos que preguntarse: ¿Acaso la historia se repite?

M. C.

(Continuará.)

LA VIDA Y LOS LIBROS

Hay que vivir como si fuéramos los primeros hombres en este extraño mundo.

BOTELLA PASTOR

ENCRUCIJADAS, por BOTELLA PASTOR.

CONTINUACION de «Así cayeron los dados», «Encrucijadas» se sitúa entre la escasa literatura producida por los actores del drama español acontecido entre 1936 y 1939. Escasa. Es una lástima, pero es así. Los españoles no se preocupan como debieran para que sus ideales, sus gestas y su tragedia vayan más lejos que su existencia. Generalmente hablando.

Botella Pastor es una excepción. Y una excepción honrosa. Sus libros son doblemente importantes porque están escritos para el pueblo llano con temas y personajes ídem. Lo que firma Botella no debe ser adquirido por los que se embelesan con las historias de príncipes o artistas a medio vestir. Nada de eso encontrará el lector. Aparte una ligera abundancia excesiva, a mi juicio, de cosas y casos relativos al sexo; aspecto, sin embargo, característico entre gentes desesperanzadas, cosa que atenúa el desliz del autor, «Encrucijadas» como «Así cayeron los dados», es un relato de emociones, de vicisitudes y, sobre todo, de verdades equidistantes de la condición humana y de la animal, cuyo autor se merece, por reciprocidad, la consideración entusiasta de toda la emigración española. Por extensión, de todos los desplazados de la Tierra, de todos los que «no piensan meterse a fraile», de los que no creen posible «una vida a base de oído de cuanto pasó y pudo ser». De todos los que tendrán «tiempo para desahogarse maldiciendo y jurando... destino inseparable y casi fatalista del mundo del destierro. Un mundo de... cualquier cosa menos de vivir en paz. En paz pueden vivir los castrados, según Botella: «Y que nos castrarán también la salida para vivir en paz.» «Y que nos cortaran la lengua pa no oírnos», agrega, además, por boca del Málaga.

Botella explica lo qué ha de ser un desterrado, y para ello deja que nos lo exponga un anarquista. Este no admite callarse ni vivir en paz aunque nos cortaran la lengua y nos aplastaran los testículos. «Callar es dejar creer que se vive en el mejor de los mundos. Hay que gritar al pie de los cadalsos. Hay que impedir los crímenes del silencio. Hay que gritar al caer los compañeros. Hay que gritar contra lo injusto... La injusticia es una comida de esclavos que yo no digiero.» Hasta parece que el autor tenga en los anarquistas su «flaco». Por lo menos en el que escoge para «Encrucijadas». Nos lo presenta en lo físico con

rasgos de cierta cualidad extraordinaria: «hombre alto, de noble semblante, un busto ateniense».

El que tuviera gusto y poseyera el arte de reflejar con el lápiz o el pincel el cuerpo y el alma de cada persona de los libros de Botella, obtendría una colección de «siluetas» de primera magnitud. Saldrían «alto-relieves» de la más típica humanidad.

En el destierro se hacen «los mil y un oficios, las mil y una noches de ayuno y acostarse pronto, y el hambre se las arregle con el sueño».

Condiciones del desterrado, sea blanco o negro, sea del Este como del Oeste... menos para los nobles «con joyas y dinero». Y esto también sirve para todas las nacionalidades. A falta de joyas, buenos serán los indios.

El desterrado, puesto a prueba y probado, se le denomina en el idioma jergal de las nacionalidades, apátrida. «Apátrida, dijo Manuel sarcástico. Vaya paíabreja. Algo así como la de expósito para los niños sin padre.»

En nuestra condición de españoles y de apátridas, una cosa muy importante será, pues, que sepamos el origen. ¿Por qué, de qué nos viene y a dónde nos conduce este camino? ¿Origen ideológico? No. Ninguna idea conduce a semejante resultado. ¿El voluntarismo? Tampoco. ¿El capricho? Que no. Acaso el ajeno, pero no el propio. ¿Entonces? Y buscando, buscando, Botella recuerda que «Falange atentó a un profesor, y luego mató a un magistrado y después a un oficial». Los compañeros del teniente Castillo replicaron «y zas... la algarabía trágica».

Desde luego esos detalles son verídicos, son exactos, son históricos e indesmentibles. Pero eso es minúsculo burbujo del gran volcán de las profundidades en el que más que vivir se desvivía la sociedad española. Un desvivir que al tornarse en pelea abierta, para los vencedores fue el poder, la gloria —capa del crimen como dijera el poeta— y para los vencidos el destierro. Antesala de éste los inmundos campos: fin de una vida y principio de otra. Por ser los campos de concentración distinta cosa del resto de la creación, ni a los muertos se les llama muertos, se les llama «fiambres». La verdadera muerte es la de los incrédulos, sobre todo si están acorralados en los dichos campos. «Allí los incrédulos mueren de veras, de frío, de hambre, de disenteria verde, de un tiro del centinela, o de asco...» Desde luego, de asco se muere en todas partes, aunque, claro está, solamente los incrédulos. Los otros no mueren. «Rodeados de curas, amor y comodidad, perdonados de todo y camino del cielo, no es morir, es un visado para la gloria eterna...»

De los otros, los incrédulos, en este caso, incrédulos y vencidos, no queda nada. Los campos, las alambradas... No tienen derecho ni siquiera a vislumbrar ni preparar venganza. Se los prohíbe su

moral. Buscarán justicia. Esta es su única venganza. Su ética les impide incluso el dar asilo al rencor, nada hay más imperativo que el de hacer frente a la cólera. Por justificada que ésta esté.

Dilema sublime de las almas nobles, deducción resoluta y decisión inquebrantable de todo lo grande, de todo Hombre. Ser humano, inmensamente humano. Todo lo que le rodea al desterrado es adversidad. Todo le induce, desde el punto de vista de la animalidad, para odiar a todos y a todo. Sin embargo, tal desterrado, por ejemplo el Manuel de «Encrucijadas», era de una educación tan delicada que: «Ve niños con sus pequeños semblantes llenos de angustia, caras ya de seres perseguidos, siempre de la mano de una mujer a quien llaman madre. El sentía deseos de pasarles la mano por sus cabellos largos, pero **no quería que tomaran por compasión lo que era humanidad.**

He ahí una cualidad: Humanidad, de acuerdo; sentimentalismo, no. Esto se deja para lo beato, para los arribistas y para los que oros son triunfos, cueste lo que cueste.

Y no es que a los demás les plazca la condición de derrotados ni tampoco significa que no hayan de poner empeño supremo en ganar. Saben que la derrota conlleva muchas desgracias inmediatas o lejanas. Para los vencidos de la batalla española no había más albergue que lass alambradas visibles e «invisibles» por todo el orbe. La amplitud de la causa defendida no se merecía menos. Por boca del profesor, Botella nos dice a los supervivientes de la catástrofe: «Hay que vivir como si fuéramos los primeros hombres de este extraño

mundo. Unos hombres que buscan su razón de ser fuera de quienes eran, fuera de su tiempo y de sus tierras. **A las puertas del dejar de existir por no dejar de ser.**»

Pero con una fe profunda, casi total. Algo semejante a lo supra-humano. La emigración española somos una especie de diáspora de la raza aria, por calificarla con algo a la población europea laboriosa y rebelde. En el fondo, y en general, nuestra situación no es diferente a las de antaño. Como dijera Espronceda en su «Diablo mundo»:

**De la vida en el hondo océano
flota el hombre en perpetuo vaivén...**

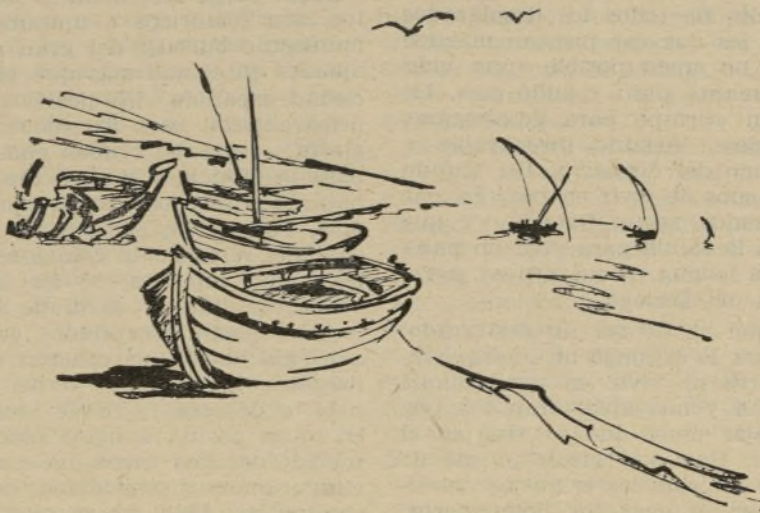
Muchos fueron los españoles que al pasar la frontera pensaban en que el mundo era un París con infinidad de «Moulin Rouge» donde gozar, vivir y olvidar... Soñaban en un París novela, sin gendarmes o con éstos defendiendo al hambriento contra el acaparador. ¡La Revolución Francesa! ¡La Libertad! ¡La Igualdad! y ¡La Fraternidad!... Ignoraban que ésto se encuentra hasta en los frontispicios de las Comisarias.

«¡Qué paraíso, París, sin gendarmes!», pero encontró los gendarmes, no el paraíso.

Mas, a una desesperanza surge un consuelo esperanzador. A un destierro ingrato y presente, responde una ilusión en volver, dulce y futura.

M. CELMA

(Continuará.)



«FEO»

Historia de un perrito español

(Continuación y fin.)

He llegado a acostumbrarme a la caricia tosca del hombre. Lo cierto es que, cuando se acerca a nuestro mundo, concentra su atención en mamá. Mamá lo mira con una ternura y una comprensión absolutas. El hombre, que es duro, que respira hondo y guarda muchos silencios, tiene un olor fuerte, de tierra y tabaco. La mujer, cuando pasa por ahí cerca, lo hace con olor a jabón y lejía, con perfume de rosas sencillas, de trapos y de carne. Muchas veces he meditado en esos olores y aunque mis sentidos prefieren éstos, mi corazón soporta con agrado los del hombre, porque el hombre ama a mamá y la mujer no. El niño huele a calle y a pupitres. La niña a petróleo y margaritas. El chiquitín, que apenas se deja ver, a orines.

— Niña, no te acerques ahí, que la madre está rabiosa.

— ¡Ay, mis perritos, se han llevado mis perritos!

— Bastante tiene ya con ése que la trae loca.

— ¡Ay, Feo, mi pobrecito Feo!

— Mejor para él.

— La madre llora...

— ¡Qué va a llorar! Los perros no lloran. Y, además, si llora... ya se le pasará.

— ¿Y si a ti...?

— ¡Chitón!

Mamá está poseída por un dolor malva que se pierde en lo infinito. Cuando me lava con su lengua temblorosa, siento en mi vientre una quemazón que no sé si debo rechazar o agradecer. Para ser perro hay que tener un alma sometida a los temblores, y para ser, por añadidura, madre, hay que tener consistencia de cielo en las entrañas. Eso dice mamá, a solas, cuando duermo.

..

Tenemos junto a nuestro hogar una gran lata de anchoas vacía, en donde se echa todo lo que sobra a la caterva. Como la caterva es pobre, dicen, en lata no caen más que algunos pitracos cocidos, pulidos huesos, garbanzos y arroz deshechos que a veces tienen un ligero aroma de chorizo. Y de todo ello mamá saca un buen partido con un aire de resignación imponente. Mi cocina, comedor y dormitorio están en los senos de mamá. Y no quiero otra cosa.

..

Vivo la frescura de un patio cubierto por las ramas de una higuera. El árbol tiene hojas nuevas, muy tiernas. Por tierra hay unos tiestos, latas y ollas blanqueadas que ofrecen geranios entusiasmados por la gracia que ellos solos le dan al aire. Mi olfato se compagina admirablemente con el olor de vida que me rodea, y percibo con claridad, el penetrante olor de viejas maderas mojadas, el del es-

tiércol, el de la ropa blanca con mucho sol... La magia de los olores me abstrae y me basta ese instante mínimo para saborearlos intensamente, porque el campo de los sentidos no se sujeta a medidas de tiempo ni de lugar.

He pasado la mañana correteando detrás de mamá, que ya no está tanto en casa. Eso ocurre desde que ella advirtió que mis piernas no solo me sostenían, sino que me llevaban a averiguar el olor, el color y el sabor de la cortina de cretona que crea una barrera de flores ante el misterio iluminado del exterior. El hombre llega a la casa malhumorado: debe tener hambre.

— Te voy a matar...

— ¡Ay, mamá, mis cromos!

— ¡Maldita sea tu estampa!

— ¡Mis cromos! ¡Ay, mis cromos!

— ¡Canalla!

— ¿Qué pasa, mujer?

— ¡Qué va a pasar! Esa niña, que la mando a comprar pan y se queda jugando a los cromos con la del vecino.

— ¡Venga ya! Dejaros de cromos y vamos a comer.

— Pues no está la comida.

— Tendría que estar. ¿Qué has estado haciendo toda la mañana?

Mamá me ha hecho señas para que la siga. Nos hemos quedado en nuestro cajón, sobre nuestros sacos, un poco ensombrecidos.

— ¡Dame tú también la lata, hombre! ¿Es que no tengo ya bastante con esta gentuza y tus perros?

— Deja tranquilos mis perros.

— Claro. Que no te toque nadie tus perros. Si esas atenciones las tuvieras para mí...

— ¿Qué atenciones se pueden tener contigo si desde que nació el pequeño todo se te vuelven suspiros? Y todo porque el antojo de su frente te recuerda a tu primer novio...

— Mira, ¡no empecemos!

— ¡Niña, que te quites de ahí te he dicho mil veces! ¡Esa perra!

La niña tiene pena y rabia. Se inclina y siento sus dedos crispados sobre mí. Mamá, que está confundida por un sentimiento inexplicable, le da, de súbito, un mordisco y la niña chilla como una desesperada.

— ¡Ay, ay, ay, que me ha hecho sangre!

— Hombre, trae tu escopeta, tráeme tu escopeta... Y si tú no matas esa perra la mato yo... ¡Esto se tiene que acabar, por mí madre que esto se acaba!

El hombre está cerca de mamá. Huele a vino; sus ojos lagrimean. Estuvo en casa un médico y dijo algo de perrera y de no sé qué precauciones que habían de tomar. El hombre aprieta su mano

sobre la cabeza de mamá que a su vez parece ofrecerse toda para aceptar tal caricia. El hombre se levanta. El chiquitín llora. La madre muele café sin decir ni pío. El niño sale a la calle comiendo pan y chocolate. La niña está con su prima en la plazuela, jugando a los cromos. El aire trae sonido de canciones que dan sueño, y olor de pescado frito. En la gran lata donde come mamá hay dos huesos sin la mínima sustancia. El hombre se viste pulcramente su vieja y remendada chaqueta. Luego lía un cigarrillo suspirando y maldiciendo, como un volcán. Se aproxima a mamá con una cuerda y mamá, dócil, pero formulando un tristísimo lamento interior, que yo solo percibo, se deja atar. Me quedo perplejo aunque mis ojos manifiestan sonrisas. El hombre y mamá salen, despacio, a la calle. Y la mujer, tan fresca, sigue moliendo café.

He lanzado mi primer ladrido. Luego he percibido que mis orejas se han erguido con insólitas interrogaciones. He llamado a mamá con un aullido de invierno en mi alma. Parece como si mis ojos se quebrasen mil espejitos para transformarse en millones de rendijas a un trágico destino. Mi desolación parece un gigante de bronce plantado en mi estómago. Pero, a pesar de todo, me arrolla un deseo incontenible de jugar.

— ¿Y qué, señora, qué ha sido de la perra?

— Acaba de llevársela mi hombre a la perrera. No había más remedio.

— ¡A ver si le dan las bolas de veneno!

— Que se la den.

— ¿Y la niña?

— Por ahí anda, jugando... Pero como el mal de los perros aparece a las tantas... Hay que esperar para ver.

— ¿Por qué no viene usted un ratito a mi casa?

— ¡Ay, señora, no puedo! El chiquitín duerme.

— Pues yo a los míos, ¡los he dejado tantas veces durmiendo!

— ¿Y si el chico despierta y se me sale de la cuna? ¡No sería la primera vez!

— Ya se ocupará de él el Ángel de la Guarda.

— ¿Y de qué me va usted a hablar?

— Mi cuñada sabe algo de aquel, el del antojo en la frente.

— Pues ahora mismito voy. Deje que ponga agua para el café. ¡Maldito chucho, calla de una vez! Siento un duro golpe en el costado y salgo disparado por el aire para ir a estrellarme contra una cama.

Mi tragedia tiene tintes de epopeya. Y la ausencia de mamá no podía ser más desalentadora.

He debido pasar un siglo aullando. Al querer descansar, ha llamado mi atención la amarga singularidad del silencio. Muevo mi cabecita de un lado a otro tratando de explicarme mi situación moral y física en la vida. Me doy cuenta de que en medio de una monumental piedra de crueldades, soy un hueco diminuto de ternura. Me cautiva un intenso perfume de geranios rabiosos, el canto en miniatura de un canario y una inevitable sensación de presencia de salchichas. La cortina de cretona me saluda con cinismo. No quiero nada con ella. Despacio, voy de un lado a otro, en una

impremeditada exploración de nuevos lugares. Quiero calor y alimento para mi vida. Eso lo tenía mamá, pero mamá no está. Me enfrento con un destino vacío y sin promesas, pero un poder indecible me lleva confiadamente de la mano, no sé a dónde. Me atrae el fuerte olor que se desprende del chiquitín de esta casa, que despierta y se encuentra, sin madre, como yo, antes las mismas inquietudes.

Alzo mi cabecita. Veo un cielo blanco: es un trozo de sábana de la cuna; pero para mí es como el cielo. Esto me hace pensar en mamá y, puesto que para mí no existe más que el presente que veo y olfateo, tengo la impresión de que mamá ha regresado a la eternidad de los perros. Tengo ansias de ver y sentir la fuente de mi vida, ansias que multiplica la ausencia y la soledad. Alzo una patita y emito un pequeño ladrido.

Sobre el cielo aparece una manita rosa. Doy un respingo repentino y vuelvo a ladrar. El chiquitín balbucea. Dice «tatatá», «Bababú» y «tatiti», y se rie. Muerdo un trozo del cielo blanco y tiro con todas mis fuerzas. Quiero jugar; no por placer, sino por la pura necesidad de juego que en mi desesperación infantil domina todos mis impulsos. Presiento que es el chiquitín mi objetivo de mis necesidades y lo busco, dispuesto a lograrlo.

El crío se desliza blanda, tranquila y temerariamente desde la cuna al suelo. Ahora lo tengo frente a mí, riéndose, y me quedo pensando en su madre y en la mía. Me tiende una manita y me dejo acariciar.

La tarde se desarrolla fuera como el amor.

El pequeñín me coge del rabito. Muerdo sus manitas; luego muerdo sus desnudos piecitos y luego... ¡ay! ¿qué es lo que he mordido? ¿Qué cosa es esta, colganderita y tierna como un pezón de mamá? Mi corazón brinca de alegría. He encontrado un motivo para jugar y para extraer alimento, ¡si lo hay! El nene deja escapar de su boquita sonidos extraños. No sé si rie o llora. El tampoco debe saber qué hago cuando aullo o ladro. Ante el inopinado biberón me siento impertinente e insaciable. Por ser algo que más que otra cosa me recuerda a mamá, me cree en el deber y la necesidad de chupar con todas mis ansias, de morder si es preciso con el tesón de que un perrito abandonado es capaz. Y muerdo con fruición, como un chivito bajo la cabra, como un elefantito bajo su inmensa madre. No consigo nada; pero sigo mordiendo y tirando... El niño llora, ya no me cabe duda, aunque no comprendo la razón. Súbitamente siento el calor y el dulzor de un líquido espeso que brota, antes que como el hilo blanco de la fuente de mamá, a borbotones, como la pena, de modo alarmante. El cielo, que había caído a mis pies, comienza a teñirse de rojo. Ese color tremendo e hiriente me llena de pavor. Me detengo, asustado, para limpiarme el hocico. Me parece que las cosas no van bien. Tengo miedo y me estremezco con un puntigudo frío interior. Reflexiono contemplando el breve aleteo de la cortina de cretona, gustando la mezcolanza de olores que combaten en el aire. Siento ganas de aullar

de un modo terrible, no sé por qué: acaso porque un poder atávico me impulsa a hacerlo. El cielo de tela es un crepúsculo de púrpura. El silencio ha tapado la boca del niño y luego se prolonga más allá de lo infinito de mi ser. Y en medio de tanta desolación, ¡qué ganas de jugar tengo!

Si mi madre estuviera a mi lado, mi miedo no sería lo que es: este ogro sin conciencia que me acosa por dentro y por fuera. ¡Si yo pudiera tener a quien explicar estas cosas! Cuando hice el viaje desde la oscuridad plena a la vida, tuve el feliz recibimiento de las caricias y cuidados de mamá. Ahora no sé qué me espera ni con qué fuerza monstruosa voy a encontrarme. El frío acapara mi ser. Es un frío de varias dimensiones, perceptible al rabo y a los ojos, a mis pelos y a mis huesos. La angustia desequilibra mis gestos y pasa una eternidad así, antes de que se abra la puerta de la calle.

La mujer entra rumiando felicidades ilusorias. Yo estoy sentado sobre los pedazos de tela de saco que conservan todo el olor de madre que puedo necesitar para este amargo trance. Las viejas fotografías de los difuntos padres de la mujer y el hombre, han debido cobrar vida y cientos de ojos, antiguos y duros, caen con un reproche sobre la cabeza de la mujer. Ella, en su ceguera sensual, se palpa los senos como si fuese una muchacha y mira al suelo, atraída por el color rojo de que todo parece estar teñido.

Los ojos de la mujer se vuelven tremendos como los de una loba feroz. Mi corazón no cabe dentro



de mí y me hace daño al ensancharse con deseos de volar y escapar como una mosca acechada. Mi rabito lo siente todo negro. Un imponente alarido de hembra enloquecida llena la habitación:

— ¡Mi hijo de mis entrañas...! ¡Mi corazón...!

¿Dónde está mamá? ¿Qué puede hacer ella sin ayudarme? ¿A dónde orientar su lejana necesidad de amparar su hijo? Toda mi vida esta pidiendo llenarse de madre, como las faldas de la mujer se llenan de sangre. Pesa sobre mí toda la crueldad de un destino inexorable. La vida es incomprensible, como mi propia estancia en ella.

La mujer, gigante rojo, se alza con gritos histéricos. Siento la amenaza en mis carnes y en mi olfato. Me quiero esconder en el olor de mamá y me agazapo sobre los sacos como si así pudiera volver al vientre del que nací.

¡Si yo pudiera decirle a esa fiera que todo yo soy cariño, que mi sensibilidad es amorosa como la de una flor, que mis anhelos de vida y alegría son tan dulces y risueños como las lejanas estrellas!

Una mano crispada me aprisiona. Mi rabito ha llegado al máximo recogimiento. Siento el odio, el impulso horrendo de la venganza en mi cuerpo indefenso. Mis ojos son caleidoscopios de ternura; mi pecho, un inmenso palacio que le está pequeño a mi corazón... Me siento zarandeado y, un revuelo de luces, de penumbras, de sombras, de ensangrentadas oscuridades, de perfumes rectos y sensaciones obtusas acosan mi existencia. La mujer destapa la tinaja de donde los niños sacaban el agua para su sed y, en su misma mano ensangrentada, me sumerge con una expresión máxima de odio despiadado.

El frío de la eternidad toma posesión de mí.

Todo está tranquilo y feliz.

Pero sigo sin comprender por qué la mujer, a quien tanto miedo tuve, concluyó con ser tan buena.

MIGUEL R.

Ginebra, marzo de 1956.

Versiones



por DENIS

El historiador

ERASE un periodista al que las circunstancias habían convertido en historiador. El régimen secular de su país se había hundido, aunque sin sorpresa inesperadamente, y el periódico en que trabajaba, si no el único el más decidido defensor de aquel régimen, había dejado de publicarse. Se encontró así el periodista sin trabajo. Muchos de sus compañeros no vacilaron en entrar en otros periódicos, aparecidos en tropel para sostener al régimen nuevo. Les había sido indiferente el acabado de instaurar. No había para ellos otra defensa que valiera sino la de su pan. El, conservaba un resto de pudor.

No se come con el pudor. Tardó poco en advertirlo. Pero era ya tarde. Ninguna plaza quedaba libre. Ni en los periódicos adictos al régimen desaparecido, pronto numerosos. Defendían lo viejo, pero con gente nueva. Los antiguos defensores de lo viejo, al contrario, defendían lo nuevo en los periódicos nuevos. Y no tenían simpatía alguna por él, desdeñoso al principio del paso que habían dado. No le harían hueco ahora, por aquel desdén, si lo solicitaba.

Sin otra profesión que la de periodista, abrazada porque le pareció la más fácil, vagaba por la ciudad sin saber qué podría hacer para vivir. La casualidad hizo que su vagar le llevara a una librería. Era amigo suyo el librero. Charlaron. La charla, sobre lo acaecido y lo que podría acaecer — no marchaba el nuevo régimen por camino que pudiera llevarle lejos —, recayó al fin sobre los libros. Habían dejado de leerse tales o cuales, eran solicitados tales o cuales.

— La gente se interesa, sobre todo — dijo el librero — por saber la vida de los personajes ahora en candelero. Cualquier editor que se lanzara a publicar sus biografías, haría fortuna.

— ¿Quieres tú ser ese editor? — preguntó el periodista al librero —. Si quieres, en pocos días te entrego la biografía del más popular. No hay, ciertamente, muchos datos de los cuales disponer. El mismo me los facilitará. Abundantemente. Sólo tendré que hilvanarlos. Trabajo fácil. Mañana le pido que me reciba — me recibirá, dado el objeto de mi visita —, pasado mañana empiezo a redactar cuartillas. Publicada la biografía del más popular, los datos para las siguientes me serán facilitados más abundantemente aún.

Convencido el librero de que había allí dinero por ganar, acogió con entusiasmo la proposición del periodista, hecha con entusiasmo. Y semanas más tarde se ponía a la venta, y era devorada por lectores en multitud, la biografía del personaje más sobresaliente del nuevo régimen. A la que siguieron otras, hasta que no hubo más personajes cuya biografía trazar. Pero la clientela, numero-

sa, con las biografías conquistadas, era necesario conservarla. ¿Cómo? Problema, para el librero, ahora más editor que librero, y para el periodista. Muchos, muchos días pasaron entregados a grave meditación. ¿Qué hacer que agradara a tantos lectores? Desde luego, algo semejante a lo hecho. Pero ¿qué?

Había ya rechazado el editor varios proyectos del periodista, y no menos el periodista del editor. Con razones, una vez expuestas, sin vuelta de hoja. Cualquiera de aquellos proyectos, tuvieron que admitirlo, cada cual a su vez, habría sido un fracaso. Por fin se pusieron de acuerdo, fácilmente, sobre proyecto presentado por el periodista. Publicarían una historia ligera, periodística, de los últimos años del régimen desaparecido. De la cual se desprendería, como fruto maduro del árbol, la inevitabilidad del régimen nuevo.

No sólo conservaron, con la publicación de esa historia, en pocos meses redactada, los lectores: aumentaron éstos considerablemente. Habían descubierto un nuevo filón. Lo difícil era explotarlo. No se podía hacer una nueva historia de lo ya historiado. Apenas les fue preciso ahora meditar mucho para saber qué hacer. El filón era riquísimo. Ofrecerían al público la historia de los antecedentes del régimen recién establecido, de los hombres que, desde los tiempos más remotos, habían trabajado y penado para que se estableciera. Trabajo, como todos, fácil para el periodista. Allí estaban las historias, y las enciclopedias, para obtener los datos. Bastaba presentarlos bajo una luz nueva. Todo, todo había sucedido para que esto sucediera. No hay otro modo de escribir la historia. Ahí están las más célebres, para desechar cualquier duda. Desde el origen de los tiempos se han ordenado los sucesos para desembocar en el suceso actual. El hecho de que el suceso, mañana, sea de índole distinta, no echa por tierra comprobación tan rigurosa: el de hoy le abre el camino.

— No es la historia una ciencia — afirmó el periodista, cuando el nuevo proyecto estuvo redondeado —. Es un arte. Lo acaecido ha acaecido, tenía que acaecer. Quien mejor lo relata es el mejor historiador. Una riña, que presencié en la calle, con otros, es el hecho histórico. Si yo lo relato mejor que los otros, yo soy el mejor historiador. De las riñas de ayer tenemos relatos mil. Cada historiador los rehace a su vez, interpretándolos a la luz de los sucesos nuevos. Si esa interpretación puede ser llamada ciencia, allá cada cual con su parecer. Para mí es arte, solamente arte.

No convenían mucho al editor estas razones, a las que apenas prestaba atención. Sin saber por qué, le parecían fáciles, como al periodista cualquier trabajo. Pero no era amigo de disputar. Ciencia o arte, las historias hasta entonces redac-

COMO TORO DE LIDIA

LIBRO PRIMERO

Andalucía se deshoja
como tallo de albahaca
si la brisa del progreso
con sus deditos la palpa.

AUN admitiendo que el mundo sea la obra de Dios, el hombre es la resultante del clima. Dios puso el escenario. La naturaleza, climatológicamente distinta, crea al artista. El artista, el drama. La naturaleza misma es en muchas ocasiones la víctima dolorosa del desenfreno y desequilibrio moral del hombre. Pero la inexistencia de Dios es más espantosamente visible cuando consideramos el hondo dolor universal que al mundo abraza y cuyas víctimas son la naturaleza primero el propio hombre en seguida. El profundo mutismo de que El da muestra es la revelación más patente de su inexistencia. Porque, de existir, Dios suprimiría al Hombre-Demonio para proteger y salvar a la Naturaleza-Divini-

dad. Y no saquemos a colación los desarreglos intermitentes de la naturaleza. Ellos son pasajeros e infinitamente menos crueles que el permanente desarreglo humano...

I

Cuando, volviendo la espalda a Málaga, nos encaminamos hacia el Levante, a nuestra derecha tenemos el mar, a nuestra izquierda toda una cordillera de montañas rocosas y apenas cubiertas por un sutil velo de tierra rubia o morena, seca, reseca, pelada y mondana y casi privada por entero de arboleda. Y si el encanto del mar y de su acariciante brisa hace chirivitear en el alma los efluvios de la vida y de sus mil encantos más presentidos que saboreados, la visión de aquella cordillera desnuda y sedienta pone en nuestros pechos vibrantes aleteos de agonía y de muerte. La sola visión patética que ofrece este pedazo de costa que, partiendo del Limonar atraviesa el Palo, el Rincón de la Victoria y otros pueblecitos asentados sobre esa lengua de tierra

tadas por su amigo — las biografías eran historias — se vendían. Era lo principal.

Puso mano el periodista a la nueva historia. Anunciarla y llover los pedidos, fué todo uno. Tuvo que dejar, para explotarlos más tarde, muchos hilos del filón. Corría prisa atender a los lectores, impacientes. Los varios volúmenes a que habría podido extenderse quedaron reducidos a uno, manejable, como el anterior, como las biografías. Los otros saldrían posteriormente, con títulos diversos. Cada hilo dejado daría materia para obra pareja a las ya publicadas.

Entre los hilos dejados, ninguno le pareció a propósito para obra ligera, periodística, tal como a él le agradaban — no pensaba, ni hay que pensar, porque no está bien pensar esas cosas, que por incapaz de hacer otras — como la historia del nacimiento de un rey que estuvo a punto de no nacer y que luego, por cómo reinó, había sido, a su juicio, uno de los precursores del régimen sin rey a que ese había llegado.

Agradó también al editor aquel suceso, y no había aparecido aún el volumen que tantos hilos dejaba sueltos cuando ya trabajaba el periodista en la nueva historia. Nada fácil de contar, ni para él que todo lo encontraba fácil. Pronto se percató de ello. Pero le agradaba, le agradaba el suceso.

El padre del rey que estuvo a punto de no nacer, demasiado ocupado en guerras y disputas con sus vecinos, y tal vez también por otras razones — no dejó de insinuarlo el periodista, ya historiador —, tenía abandonada a su mujer. Por ese abandono, no había aún heredero del trono y se iban perdiendo las esperanzas de que lo hubiera, porque el rey no era ya joven. ¿Qué iba a pasar si tal desgracia no era evitada? Caerían sobre el país

pretendientes en montón, y quién sabe a qué guerras eso conduciría. Favoritos, diplomáticos, obispos y arzobispos se concertaron para plantear al rey el grave problema que tanto les preocupaba.

— ¡Dejadme en paz! fué la única respuesta del rey.

No podían conformarse los fracasados con su fracaso. Recurrieron al Papa. Envió el Papa un cardenal para recordar al rey su deber. Y al llegar aquí fué cuando el historiador tropezó con la dificultad de su relato. ¿Cómo decir que el cardenal había llevado al rey a cumplir su deber? ¿Cómo, sobre todo, explicar cuál era este deber, y cómo el rey había cumplido? Nunca había sudado el pobre periodista tanto. Cuartilla que escribía, cuartilla que rompía. No, no había modo de decir qué había pasado. Estuvo a punto de dejar, a falta de palabras más honestas, las palabras: « Por fin, el rey se acostó con la reina ». Se horrorizó, a poco, de semejante vulgaridad. Era eso, sin duda, lo sucedido, aparte de las consecuencias de eso no podía decirse, por lo menos así. ¡El rey se acostó con la reina! ¡Indignas, indignas palabras! Ni como periodista podía escribirlas. Mucho menos como historiador. Pero ¿cuáles, cuáles otras escribir?

Como entradas por la ventana, por azar abierta, vió ante sí éstas, respuesta a su angustiada pregunta:

« Por fin, el soberano yació en el mismo lecho que la soberana ».

Respiró, salvado el escollo. Y tan contento estaba, por haberlo salvado, que añadió:

« Y de aquel yacimiento surgió el rey objeto de nuestro relato ».

fecunda y llana que como único oasis se brinda a la honda sed humana y que no atenúa su rigidez hasta Torre del Mar, bastaría a una imaginación lúcida y primitiva para imaginar el hondo drama histórico español.

Colinas por donde retoza
libre de bosque la mirada
mientras la mente ensombrece
el recuerdo de la hacha.

Esta lengua de tierra llana y fecunda recostada entre el mar y la montaña, es la pródiga vega malagueña. El condimento de su gazpacho y puchero. El aceite para su cocido, el vino que fortalece y la almendra para condimentar su « ajoblanco », se encuentran más al interior. Allí donde, a intervalos, la montaña se aleja y la umbria se perfila salpicada de colinas desnudas o coronadas de algún que otro algarrobo cuyas raíces parecen uñas de gigantes clavadas en la roca viva. Pero quien de Málaga se encamina costa adelante para ir a Cañizal, se verá obligado a abandonar la carretera cien metros antes de llegar a Valleniza y, revistiéndose de todos sus ánimos, continuar su marcha por sobre la arena polvorienta del río del mismo nombre. Entonces, dejando a su derecha los limpidos contornos de la umbria almalleña, forzoso le será encaminarse túnel adentro por entre dos cordilleras macizas y casi desnudas que como dos murallas aprisionan entre su ingle el mal alimentado río. Cierta que, de tiempo en tiempo, las montañas ceden o desaparecen y que entonces a la honda y pesada melancolía suceden mil motivos encantadores. Pueblecitos o aldeas, verdaderos nidos de águilas ocupados por blancas palomas, o cañadas terrosas donde íntimos, los olivares parecen saborear el melódico encanto de su calmo silencio. Pero pronto la montaña vuelve por sus fueros y, paralelas y estrechándose cada vez más y más altas y más pendientes, os acompañan hasta el río, se abre como una tenaza para con sus brazos abrazar la montaña que de pronto se presenta ante el caminante y en cuyos primeros peldaños se asienta Cañizal. Varios kilómetros de penoso caminar, la fatiga y quizás el apetito, os harán olvidar el encanto melancólico, la rusticidad y pobreza circundante de tan escondido pueblo. Pero todo y siendo así, yo os invito a reconocer el que encanto de Andalucía proviene por entero del contraste de sus contornos y de su pueblo.

Cañizal es un pueblecito pastoril y campesino más íntimo que jolgorico, pero donde en medio de la miseria o la estrechez, la paz reina. La gente es reservada y distante. En todo momento y circunstancia se descubre, latente y palpitante, su profundo individualismo. Pueblo de cazadores en sus remotos tiempos, el correr del tiempo y los caprichos de la geografía, debieron de transformarlo más tarde en guarida de bandoleros, en seguida en nido de contrabandistas, pastores o campesinos, hoy. Pero si sus manos debieron amoldarse a los imperativos de cada estación del vivir humano, sus almas siguen siendo lo que eran y en el fondo de sus instintos el ser primitivo que late en cada uno de ellos muestra sus bigotes a cada momento. Resulta admirable descubrir cómo a cada contorno o relieve geográfico corresponde un com-

portamiento diferente del ser. Es la geografía quien da vida a la planta y quien modela al ser. Yo mismo, nacido a tres o cuatro kilómetros de Cañizal, me sentía sorprendido al comparar el comportamiento de uno y otro pueblo. El mío, seguido como un reto sobre la alta montaña, bañados sus pies por el Mediterráneo y su vientre poblado por verdequeantes huertos y frondosa arboleda, tiene la risa pronta, la ira espontánea y el sentimiento cálido. Encerrado entre ingentes cordilleras y sin otra arteria por donde le llegara el hálito exterior que aquel su pobre río, polvoriento casi siempre, torrencial y avasallador a veces, Cañizal tiene el mirar penetrante y severo, el corazón ausente, fría la acogida. Pero sus mujeres son bonitas y hacendosas y sus hombres laboriosos y estoicos. La frialdad de su acogida le proviene de la permanencia de su soledad. Cuatro montañas, un río sin gota de agua en su arteria, el beso solar tardío y ya ardiente, el día les llega con dos horas de retraso. Dos horas cada veinticuatro durante el largo correr de la historia... Correr al encuentro de Cañizal equivale a retroceder vida atrás hasta poner varios siglos de distancia entre secuestrado pueblo y la vega veleña donde la caña dulce crece y el mar canta...

Y no tengo porqué ocultar que fué la manera de ser de sin igual originalidad en Andalucía, la que me indujera a tomar asiento sobre el lomo rechoncho y reluciente de mi jaca y, tras largo pero rememorado viaje, presentarme en Cañizal a eso de las cuatro, de la tarde para caer entre los brazos propios de un gladiador de mi tío. Párroco, cacique en público, jueguista y amigo de faldas en su secreto vivir, don Justo Pardo Olivar, era, además de pariente lejano mío, el más consumado cinico del contorno. Dado en palabras, sus sermones tenían el don de acodarse a todas las salsas y sus ocultas intenciones la de abrir brecha en todas las bolsas. Cura único de todo el amplio contorno que abarca Vélez-Málaga, Torre del Mar, Benamocarra e Iznate, mi sin par tío pasaba su tiempo de pueblo en pueblo y de misa en misa. En cada pueblo una casita siempre recatada, íntima y bien guarnecida, no de misales y rosarios, sino de mullido lecho y azucarados licores. En esos pueblos, donde la pobreza además de pobre es honrada, los arrebatos carnales de tan sin par tío eran satisfechos por damas de noble copete y holgado linaje. No obstante su indulgencia para el pecador de baja estofa, don Justo guardaba lo más sabroso de su almíbar retórico para la élite caciquil y burocrática. Por esto su renombre era tal que, desbordando los límites de la capital malagueña, iba a mostrar su hociquillo lamedor de pies bien asentados en tierra madreña. Como que cuanto relucía tenía la virtud de encandilarle, en la imposibilidad de ir él hacia lo que reluce, hacia de manera que cuanto relucía aviniera hacia él. En este aciago día que nos ocupa, nuestro párroco se honraba con la presencia en su casa del gobernador de la provincia, clarividente escritor de los madriles en quien el gobierno de la nación había creído descubrir el matamoros de turno capaz de hacer reinar la paz de los cementerios en una población a quien los aguijonazos del hambre hacía lanzar gritos de dolor y algún que otro chispazo de rebelión.

(Continuará.)

IBER SISIFO

POETAS DE AYER Y DE HOY

Aurora nueva

I

Visión debeladora de mis dudas,
ángel de luz brillando en la tiniebla,
que apareces flotando en mis ensueños,
como un astro en la noche que nos cerca,
para dictarme con lenguaje místico
las sublimes palabras de un poema.

Yo te miro, te escucho y me fascinas,
espíritu inmortal que hoy te revelas
para que yo transmita a mis hermanos
el mensaje augural de la fe nueva.

II

Poeta que anticipas el destino,
habla el ángel de luz en la tiniebla,
cuando termine el huracán sangriento
sobre la Europa ardiente, ya en pavesas,
surgirá como un nimbo de esperanza,
que habrá de contemplar toda la Tierra,
en cláusulas magníficas, radiosas,
el evangelio de la raza nueva.

Tú eres vate, adivino; eres vidente,
sigue el ángel de luz en la tiniebla,
tú debes penetrar en el futuro.
¡Cumple con tu misión: eres profeta!

III

¡Caerán las sombras, se hundirán prejuicios,
en sus cimientos crujió la Iglesia
y, hecha polvo, caerá, porque es de polvo,
la mentira total que la sustenta!
¡El traumaturgo que mintió cien veces
mintiéndose a sí mismo en su inocencia,
ingenuo, no pensó que al erigirla
un monstruo fecundaba entre la niebla,
monstruo que, listo, se adueñó del cielo
para venderle a plazos y en parcelas
a los pobres incautos y a los nuevos
Cristos que sobre el mundo apareceran!
La mentira del cielo y la mentira
de los peces y panes de la Tierra,
la mentira de Lázaro y Verónica
y el cuento que le hiciste a Magdalena,
todo de buena fe, te lo supongo,
fueron como muestrario de tu ciencia.
(¡Sabías más que Sócrates sabía,
mas te enredaste en tus propias cuerdas!)
Y hoy la Europa cristiana está pagando
todo cuanto tú hiciste por quererla.
Muere la Europa envuelta en tu mentira;
tú, colgado en la cruz, fuiste su emblema.

IV

¡Oligarcas, tiranos y caciques,
con sayones y frailes por contera,
seguirán dominando sobre el mundo
bajo el bárbaro estruendo de la guerra?
¡Siempre las masas seguirán, idiotas,
tras de charangas y canciones viejas,
dando su sangre en holocausto trágico
por un mito, una cruz, una entelequia?
Mientras haya soldados decididos
a sostener con impetu y aenuedo
el poder de los líderes y duces
en la mentira de la patria envueltos;
(¿De la patria de quien? ¿De sus verdugos!
¿De la patria de quien? ¿De los que cuentan
esterlinas, y dólares, y marcos
acuñados con sangre de sus glebas!)
No podrá ni abrigarse la esperanza
de la liberación sobre la Tierra!

V

¡Abajo, pues, los que el dolor provocan:
Estado, Capital, Espada, Iglesia!,
clama el poeta, con su voz de fuego,
en los umbrales de la Aurora nueva.

ALBERTO GUIRALDO



"Revoltijo, de sudarios es la discusión llevada a cabo por españoles, capaces de ergotizar un siglo entero sobre lo que puede hacerse en una semana para no hacer nada".



Felipe Alai 3

«Tipos españoles» 5 frs

«Quinet» 5 frs

Pedidos a nuestros servicios de librería